



La Escalera
Lugar de lecturas

Penelope Lively
LA FOTOGRAFÍA

TRADUCCIÓN DE PEPÀ LINARES



contrabando cultural

COMIENZA A LEER...

PENELOPE
LIVELY

Glyn

Kath.

Kath sale del armario del rellano de la escalera, donde no debería estar.

El armario del rellano se encuentra abarrotado de lo que Glyn llama material de «uso limitado»: ponencias de congresos, informes de los alumnos y separatas entre las que espera encontrar la que necesita ahora mismo para el artículo que está escribiendo. Los estratos acumulados en el interior se remontan a la época de su doctorado, pero lejos de guardar el debido orden cronológico se superponen unos a otros formando un revoltijo. Hay una columna bien conservada de *Past and Present* encajada a presión entre una pila de archivadores maltrechos que escupen su contenido. Mientras rebusca, los estudiantes caen planeando a sus pies y quedan tirados en el suelo con aire de reproche: «Las aportaciones de Susane Cochrane a mi seminario han sido superficiales...». Hay unas cajas de fotografías etiquetadas (*Aéreas; Bishops Munby, 1976; Leeds, 1985*) y embutidas entre otra fila de archivadores. Bastaría con quitar uno para que todos los demás se vinieran abajo, como un movimiento imprudente de ese juego que consiste en mantener el equilibrio inestable de una torre hecha a base de piecitas, pero Glyn acaba de atisbar detrás otro alijo que bien podría contener algunas separatas.

Un estante más arriba descubre las letras doradas del lomo de su tesis doctoral, con la tela verde salpicada por el tiempo de manchas marrones; encima hay una anualidad del *Yorkshire Archaeological Journal* que data de los ochenta. Bien pensado, el contenido del armario del rellano es un fiel reflejo del oficio de Glyn, un paisaje en el que todo coexiste y requiere la deconstrucción de un experto. Pero ahora, lejos de entretenerse con esas cosas, pone todo su empeño en una tarea que empieza a resultarle irritante.

Tira de uno de los archivadores para ver mejor lo que hay detrás y, como era de esperar, se produce un alud. Contrariado, se pone a cuatro patas para ordenar el desbarajuste, y, de pronto, aparece Kath.

Se trata de un archivador de tamaño folio en forma de cartera, con la sinuosa letra de ella en la solapa, y dice: «Guardar».

Kath le sonríe. Glyn mira el flequillo negro y corto, los ojos, aquella sonrisa.

 Qu  hace aquí, entre todas estas cosas con las que no guarda ninguna relación? Glyn coge la cartera y la contempla sin entender cómo ha venido a parar al armario. Todo lo de Kath se tir  por entonces, cuando ella..., cuando...

 Espera!, debajo hay dos carpetas con su caligrafía: «Recetas». Pero bueno,  cu ndo le interes  a Kath la cocina? Abre una y hojea el contenido. Ya, claro, recortes de periódicos y revistas de finales de los ochenta rápidamente abandonados, lo cual dice algo. Investiga la segunda, que contiene facturas, muchas de ellas con una franja roja, o sea, reclamadas, lo cual dice algo también, y una serie incompleta de extractos bancarios con un descubierto que va en aumento.

Lo más probable es que este surtido de cosas suyas se amontonara por error entre los papeles de Glyn durante la gran operación de limpieza. Una operación hecha de prisa y corriendo, un poco a lo loco. A Elaine, que se prest  para ordenar o tirar las cosas de Kath, se le pasaría aquel montón que desde entonces se pudre all  metido.

No, no es que se pudra, pero va adquiriendo un tono marrón por los bordes, degradándose sin remedio igual que las restantes cosas del armario, como les ocurre a todos los objetos inanimados con el paso del tiempo, que van preparándose para dar que pensar a quienes tienen por oficio la interpretación de los paisajes desaparecidos.

De todos modos, el archivador es ya marrón, así que el deterioro no se nota tanto. Glyn tira al suelo las dos carpetas y va a sentarse en el peldaño más alto de la escalera con el archivador en la mano.

Lo abre.

Dentro no hay gran cosa. Varios documentos y un sobre sellado, de color marrón, con algo rígido que él aparta para examinar el resto.

La tasación de un joyero para un collar de perlas de dos vueltas y unos pendientes largos, también de perlas, que, si Glyn no recuerda mal, pertenecieron a la madre de Kath y que la propia Kath se puso mucho.

Su tarjeta sanitaria y su partida de nacimiento. ¡Ajá! ¡Mira dónde estaba! ¡Con los problemas que causó el no encontrarla entonces, que hasta hubo que ir a Somerset House! No aparece el certificado de matrimonio, cuya pérdida también fue un engorro. Continúa perdido, seguramente, pero ya no hace falta.

Su diploma del bachillerato. Siete asignaturas, todas menos una, con matrícula de honor. Glyn lo examina con cierta sorpresa. ¡Vaya, quién lo hubiera dicho!

Es probable que la advertencia de la solapa del archivador estuviera destinada a la propia Kath. Sería un sitio para depositar unos papeles que pensaba guardar, pero, conociéndose, sabía que era fácil perderlos. Glyn experimenta una oleada de cariño que le desconcierta y le distrae por completo de la búsqueda de la separata, pese a que se trata de un asunto de cierta urgencia; pero al fin el disgusto puede más que el afecto, porque Kath se ha interpuesto en su trabajo, cosa que no le estaba permitida, como ella comprendía a la perfección.

Hay también un certificado de Bonos del Estado por valor de cinco libras esterlinas y con una fecha de mediados de los cincuenta, ¡qué barbaridad, de cuando tenía ocho años!, varias matrices de un talonario, una cartilla de ahorros del Servicio Postal con un saldo de catorce libras y cincuenta y ocho peniques y un montón de cartas que despiertan su interés. Son de la madre de Kath, muerta cuando la hija tenía dieciséis años. Como no las considera interesantes, las devuelve a su sitio sin leerlas.

Se queda con una carpeta semitransparente que contiene una serie de retratos de Kath hechos en estudio, desde los cuales ella le mira en blanco y negro con brillo, ya enteramente manifiesta. Una Kath joven, iluminada desde atrás, con los hombros desnudos, la cabeza vuelta ahora a un lado, ahora al otro, los ojos dirigidos a la cámara o bajados con recato, la sonrisa provocadora o la mirada contemplativa de perfil. Serán de los tiempos en que aspiraba a ser actriz, mucho antes de que él la conociera. Una Kath muy joven.

Glyn estudia las imágenes un buen rato.

Kath.

Devuelve todo al archivador. Ya solo queda ese sobre marrón. Hasta ahora mismo no se había dado cuenta de que hay algo escrito por ella con un lápiz fino.

«NO ABRIR - DESTRUIR»

¿A quién se dirigirá esta segunda instrucción?

Abre el sobre y encuentra una fotografía y una hoja de papel doblada. Mira primero la foto. Hay un grupo de cinco personas; a sus pies, hierba; al fondo, árboles. Dos de ellas, un hombre y una mujer, dan la espalda al fotógrafo. De las tres restantes, identifica enseguida a Elaine, visible entre los dos rostros que no se aprecian. A su lado, otro hombre y otra mujer que Glyn no reconoce.

Una de las dos personas situadas de espaldas es Kath. Glyn reconocería en cualquier parte esa postura, ese perfil. La otra, el hombre, se le resiste al principio, pero le conoce, eso seguro... El cabello oscuro y largo, la altura, una cabeza más que Kath por lo menos, y esa posición un poco cargada de hombros.

Se acerca la foto para inspeccionarla mejor, y entonces lo descubre. La mano de Kath y la de aquel hombre, sea quien sea, se entrelazan y se estrechan a sus espaldas, para que mientras están allí, uno junto a otro, en ese momento de intimidad, el intercambio resulte invisible para el resto del grupo.

Exceptuando el fotógrafo, que pudo o no darse cuenta del hecho que estaba inmortalizando con aquella revelación congelada en una instantánea.

Ahora Glyn reconoce a la otra persona, al hombre. Se trata de Nick.

Examina la hoja que acompaña a la fotografía con la sensación de que se está apoderando de él una enfermedad paralizante, pero el papel exige su atención.

Lleva un breve mensaje escrito a mano: «No me resisto a enviártela. Me dicen que han destruido el negativo. Buena suerte, amor mío».

No está firmado, ni falta que hace, ni para la Kath de entonces ni para el Glyn de ahora, pero hay que verificarlo. Por algún sitio quedará una muestra de la letra de Nick, una firma, una carta de cuando era asesor, o

alguna memez semejante, de aquella colección de historia del paisaje que publicaba con un entusiasmo tan extremo como ignorante. El Nick de siempre.

Ahora la enfermedad le atenaza la garganta. La garganta, las tripas, las pelotas. Siente..., mejor, vive un atroz hervidero de emociones que le revuelven el estómago y le producen mareos. La nota predominante es la rabia; por debajo, un bullir de celos y de humillación; y todo cargado de una especie de energía, de un impulso furioso. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quién? ¿Quién tomó la fotografía? ¿Quién se la pasó a Nick, según parece, y destrozó el negativo?

Suena el teléfono abajo, en su estudio, pero Glyn se encuentra de tal modo poseído por su objetivo y en tal estado de excitación que de pronto está de pie y ya ha bajado media escalera dispuesto a cogerlo y a soltar un brusco: «No estoy disponible, lo siento».

No puedo atenderle ahora mismo porque acabo de enterarme de que, por lo visto, la mujer que una vez fue mi esposa tuvo un lío con el marido de su hermana en un momento aún por determinar. Es patente que soy un primo y un cornudo. Han socavado de un modo brutal los cimientos de mi concepción del pasado; por tanto, se hará usted cargo de que el asunto va a requerir toda mi atención en un futuro inmediato.

El teléfono deja de sonar. Claro, estaba puesto el contestador.

Glyn vuelve a lo alto de la escalera y se sienta con la foto y la hoja de papel en la mano, mirándolas de hito en hito. Ahora Kath está en todas partes y ocupa el rellano entero y la escalera y el gran armario atestado y traicionero; hay docenas de Kath pertenecientes a diferentes tiempos y espacios y se diría que todas hablan a la vez: la que se arrebujaba contra él en la cama y comenta la película que acaba de ver, la que asoma la cabeza por la puerta de su estudio con una sonrisa luminosa y le ofrece un café, la que baja esquiando delante de él por una ladera de Cumbria, figurita brillante dentro de su chaqueta roja.

Las preguntas se le agolpan en la cabeza. ¿Cuándo, dónde y quién? Pero también: ¿quién más? ¿Quién más lo sabía? ¿Elaine? ¿Era consentidora? ¿Todo el mundo estaba en antecedentes? ¿Él era el único ingenuo, el primo? ¿Murmuraba la gente dirigiéndole miradas de suficiencia?

¿Y para quién escribió Kath con su lápiz en el sobre «NO ABRIR - DESTRUIR»?

¿Para sí misma?

¿Para mí?

¿Lo planeó paso a paso? ¿Planificó este momento? ¿Quiso saltar del armario del rellano para sacarme de quicio?

Pues no, porque Kath no era así. Nunca planeaba nada porque nunca miraba más allá de mañana, sino que aferraba el presente según venía y una vez transcurrido lo desechara.

No, un buen día encontró aquel archivador en el que había guardado varias cosas, anduvo hurgando —tal vez para buscar algo— y vio el sobre. Sacó la foto y la hoja de papel, pensó «¡Huy!», escribió la nota y volvió a guardarlo todo.

Pero ¿por qué no destruir la foto allí y entonces?

Seguramente porque deseaba mirarla más veces, porque representaba algo para ella. ¿Algo? ¿Mucho? ¿Todo?

Aquel archivador era un depósito seguro para guardar cosas que necesitaba por razones de utilidad, de conveniencia o... de sentimiento.

Pero ¿por qué no separarlas en categorías?: una carpeta para los documentos y otra para los asuntos del corazón.

Por la sencilla razón de que Kath nunca actuaba de un modo cuidadoso, sopesado, racional. Lo apretó todo en el mismo archivador porque quería o necesitaba conservarlo, y puede que el día en que escribió las palabras del sobre sonara el teléfono mientras hojeaba el contenido. Entonces volvería a ponerlo en su sitio, pero algo se le pasó por la cabeza; sacó el sobre, lo escribió a toda velocidad y lo repuso en un archivador que guardó en el cajón, en el armario o dondequiera que guardara las cosas en aquellos tiempos, y se olvidó. Descolgó el teléfono: «¡Ah, hola!... ¡Qué alegría oírte, qué bien que hayas llamado! Iba a... Oye, ¿qué haces hoy? Me están entrando unas ganas de ir a...», y de ese modo se entregó a otra actividad espontánea durante unas cuantas horas más que no había previsto.

Pero al escribir aquellas palabras, al pensar en escribirlas, por fuerza tuvo una noción subconsciente de la persona que alguna vez podría encontrar sus cosas, dar con el sobre y abrirlo.

Yo.

Entonces me dice que no lo abra.

¿Y espera que la obedezca? ¿O tuerce un poquito la boca, se encoge ligeramente de hombros, pone los ojos en blanco y da por sentado que lo abriré?

A su conciencia queda, habrá pensado, yo le advertí que no lo abriera.

Todo en cuestión de segundos, mientras suena el teléfono y coge un lápiz.

Glyn lleva tanto tiempo sentado en las escaleras que empieza a dolerle la espalda. Se levanta para ir al armario, recoge el alud de archivadores y los apila en el alféizar, pero aparta la carpeta de Kath junto con el sobre y su contenido. Hurga detrás de los archivadores, donde se han sedimentado unas cuantas capas de documentos de todo tipo, y, al fin, encuentra entre ellos varias separatas.

La conmoción y el acceso de rabia del principio han dado paso a la determinación de un poseso. Ya sabe lo que va a hacer, pero lo primero es lo primero. Continúa dando vueltas al descubrimiento, con todo lo que supone, y al mismo tiempo está dispuesto a mantener escrupulosamente el rumbo establecido para ese día, que al final ha resultado muy distinto a otros. Encontrará la puñetera separata.

Indaga en los detritus de treinta y cinco años: papel, papel y más papel. Bosques enteros talados para Glyn. Robles, fresnos y endrinos que han perecido para hacer posible su carrera... Aunque no, es más probable que fueran pinos escandinavos. En su estado de alteración se siente capaz de elaborar pensamientos muy complejos: pensamientos que se precipitan en paralelo, pensamientos que se desvían unos a otros. Vuelve a la fotografía: ¿cuándo?, ¿cómo? Descubre una caja de diapositivas y las saca porque se le viene a la cabeza una clase que tiene que dar. ¿Dónde harían la foto? ¿En qué sitio estarían aquellos dos? Ni una separata todavía. Vuelve a poner el montón de archivadores en su sitio y pasa al siguiente estante. Recortes de periódicos, cajas atestadas; otro bosque talado. Imagina las hachas... No, serían sierras mecánicas. Recuerda que en la foto había un fondo de árboles. ¿De qué tipo? Una clave para comprobar más adelante.

Baja una de las cajas y la abre. Notas, resmas de notas escritas a mano en la biblioteca durante los tiempos anteriores a la aparición de la fotocopidora. Trabajo. Sus provechosas horas de trabajo. Dios sabe cuántos cientos de miles de horas de trabajo, suyo y de otros, contiene ese armario. Y el suyo es, al mismo tiempo, el reflejo del trabajo de innumerables muertos anónimos. «Un historiador del paisaje lleva a cabo una deconstrucción de las pruebas físicas del trabajo que han realizado generaciones y generaciones de desconocidos. Se trata de la actividad cotidiana de una multitud sin rostro que, durante muchos siglos, trabajó con ahínco hora tras hora y año tras año, sofocada, aterida, empapada, hambrienta, con las extremidades doloridas, consagrada a cavar, espalar y quitar la tierra, traer y llevar, cortar y talar, cargar, apilar y levantar, arrear, pastorear y sacrificar ganado, derribar árboles y extraer piedra de las canteras, y con la piedra y la madera hacer casas y establos, iglesias y catedrales, y con la piedra y el vidrio llegar hasta el cielo. Y toda esta manipulación del mundo físico fue obra del rebullir de una multitud acuciada, concentrada solo en la supervivencia, en la necesidad de trabajar para comer y pasar de hoy a mañana, para sentir el sol y la lluvia y el viento, para darse un atracón de comida, pescar unas horas de sueño y amanecer para ver otro día.»

¿Dónde escribí eso?, se pregunta. No está mal, ¿eh? Le parece recordar que lo dijo delante de una cámara cuando rodaron su primera serie de televisión. Una época embriagadora. ¡Qué tiempos! Aquel ir de acá para allá acompañado de un equipo servicial —unas guapas jovencitas de armas tomar, con sus blocs de notas, más el director y los camarógrafos y los técnicos de sonido— y ocupando siempre el centro; aquel disertar desde una ladera, con la catedral a la espalda, consciente de estar disfrutando hasta el último minuto de su trabajo; y aquel ser reconocido por los extraños cuando el programa salió al aire: las miradas de reojo en la calle o en el andén de una estación, los comentarios sarcásticos de los colegas, que le importaban un bledo, pues ¿qué eran sino celos? Sí, tiempos locos, vividos a toda máquina.

Pero trabajo, al fin y al cabo. Aunque hay trabajos y trabajos. Yo también padecí fríos y mojaduras, piensa Glyn, y hasta cavé un poco,

aunque no me tocó acarrear la tierra, ni se puede decir que tuviera que pasar hambre, pero no he dejado de trabajar ni un solo día de mi vida.

Y aquí Kath hace su aparición puntualmente.

Lo más claro es su voz, sus palabras. ¿Por qué será que las palabras se te graban en la mente para siempre? Una frase que se repite una y otra vez. En la cabeza de Glyn, Kath está tan hecha de palabras como de carne y hueso. «¿No vienes conmigo?» El tono se eleva, con una nota alta y enfática: «... ¿*conmigo?*». Ahora, además de oírla, la ve. Está sentada frente a él en la mesa de la cocina de Ealing con una carta en la mano. Debe de ser verano porque la piel, muy bronceada, contrasta con la blusa blanca. Lleva puesta su cadena. El cabello, todavía húmedo de la ducha, se le pega al cuello. «¿No me acompañas a pasar un bonito fin de semana en Devon, con los Barron?» Ahora le dirige esa mirada tan peculiar..., nunca de súplica, eso nunca, sino esa mirada suya de o lo tomas o lo dejas. «En Devon hay muchos paisajes.»

Glyn le explica —por segunda o tercera vez, seguro— que tiene una reunión. «Qué le vamos a hacer —responde ella—. Lástima. ¿Una tostada?»

Kath no trabaja. No vive sometida al yugo de las obligaciones, de las responsabilidades, de encontrarse por fuerza en un sitio a una hora determinada para hacer algo que mucho no le apetece. Cuando Glyn la ve con los ojos de la mente, Kath va siempre por la calle tan campante, sonriente, ligera de equipaje, mientras que a su alrededor imperan la obligación y la necesidad: el cartero que reparte el correo casa por casa, el conductor de la furgoneta que descarga los envases en la tienda de la esquina, el guardia que dirige el tráfico, la cuadrilla de obreros que manejan las excavadoras y las taladradoras hidráulicas, los agentes inmobiliarios sentados en sus mesas de trabajo y el taxista que resopla delante de los semáforos; todos excepto Kath, que se dirige adonde ella quiere para hacer lo que más le viene en gana.

Ni siquiera cuando trabajaba en algo daba esa impresión. Si tenía un trabajo —en los intermedios en que estuvo empleada, con remuneración o sin ella— era por voluntad propia. De pronto le parecía interesante o entretenido echar una mano en una galería de arte o en un taller de

artesanía, colaborar en un festival de música o buscar ilustraciones para un editor. Luego, cuando el interés y el entretenimiento decaían, de un modo u otro dejaba de aparecer por allí. Se esfumaba de un día para otro, sin más; quizá con una media sonrisa de disculpa, quizá ni eso.

Glyn conocía aquellos episodios porque a veces era el receptor último de ciertas llamadas que exigían explicaciones, cuyo tono fluctuaba entre el asombro y la indignación.

¿Cómo había hecho Kath para vivir así? Bueno, piensa, se las arregló divinamente desde que se casó conmigo hace diez años. Yo le costaba facturas, casa, comida y ropa, y bastante bien, pero ¿y antes? Al fin y al cabo, Kath era ya una mujer hecha y derecha cuando vino a mis manos. Tenía treinta y seis años y hacía veinte que vivía por su cuenta, dado que la familia estaba más o menos rota desde la muerte de la madre. Las chicas heredaron algo, por supuesto, pero no lo suficiente para vivir de las rentas. Suficiente para apañárselas, eso sí, para vivir a salto de mata con una ayudita ocasional de algo o de alguien. Sí, imagino que se explica de ese modo. Elaine, como es Elaine, se espabiló, aprendió un oficio y trabajó cuarenta años —con resultados muy lucrativos actualmente, según tengo entendido—; pero Kath, como era Kath, no hizo nada.

Glyn continúa hurgando en el armario, aunque corre el peligro de pasar por alto la separata por mucho que se le ponga a tiro, ¡tal es el espesor de sus pensamientos! Comprende que no son nuevos, pero también que todo ha tomado un sesgo diferente a raíz de lo ocurrido. Este malestar que experimenta ahora mismo, esta fiebre, le ha dado un giro a todo. Kath es al mismo tiempo otra y la de siempre. Él la mira de un modo distinto, la busca de un modo distinto.

Kath ni hilaba ni laboraba; ella iba a lo suyo. En eso sintonizaba con el espíritu de los tiempos, pero en otras cosas no. Los éxitos y la categoría social, propios o ajenos, le importaban un pimiento, y se reía de las aspiraciones. Encajaba en el clima hedonista de la época, pero sus conflictos no le interesaban. No la recuerdo preocupada por a quién votar o por la situación internacional. El feminismo pasó sin rozarla. Los derechos de la mujer no le decían nada porque ella los disfrutaba de todas formas. Nunca se le negó nada por su condición de mujer; incluso serlo le permitió

navegar por la vida eligiendo el rumbo conforme a su capricho y a su estado de ánimo.

Pero no todas las mujeres pueden, piensa Glyn. ¡Vamos!, por supuesto. ¿Cómo pudo Kath?

Porque...

Llegados a este punto, la reflexión da paso a las imágenes. Ahora ya no piensa en ella; la ve y la siente. Ve sus pechos, breves y rotundos..., pequeños conos rematados por los sorprendentes pezones de color chocolate, de los que en otros tiempos no podía apartar la mirada y que ahora se le aparecen de nuevo en un plano frontal; ve aquella mata, la pelambre tupida y sedosa de idéntico color al del cabello; aquellas piernas; aquellos pies finos; y aquella cara. Sí, aquella cara suya.

Kath pudo porque era una mujer asombrosamente atractiva. No de una belleza convencional, sino indómita y cautivadora... El rostro pequeño de rasgos delicados, la forma de la nariz, los ojos verdes que daban la impresión de captar la luz, el modo de torcer la boca cuando sonreía... Si ella estaba presente, te dabas cuenta de que todos, los hombres, las mujeres y hasta los niños, se volvían a mirarla. Kath tenía afinidad con los niños. Se atraían mutuamente. Tal vez si...

No, por Dios. ¿Kath en el papel de madre? Ella, que tenía la capacidad de atención propia de una mariposa. Menos mal que no era de esperar. En todo caso, yo nunca deseé tener hijos.

Acaba de alcanzar el último estante del armario. Más carpetas, más cajas de esto y de lo otro. *Cañadas del condado de Oxford*, 1984. Abre la caja: mapas, fotografías y de nuevo Kath, pero no la de antes, la que hace manitas con otro quién sabe dónde y cuándo para tergiversar el pasado, sino una Kath que lo atraviesa limpiamente y plantea una queja. «¿Qué hacemos aquí? Hay cada vez más barro.»

Ha saltado una cancela baja y se sienta mirando en dirección al sol con los párpados entornados. Va en vaqueros y camiseta, pero sin sostén. Glyn nota los pezones por debajo de la tela, que es fina, y la visión le distrae de lo que tiene entre manos, que no es otra cosa que un examen atento del mapa del Servicio Estatal de Cartografía. Si hubiera un pajar por la zona, se la llevaba allí y ya está, pero ¿cuánto hace que no ve un pajar? Aún no

conoce bien a esta mujer, aunque, si todo se ajusta a sus planes, no tardará mucho.

Han venido por un sendero entre prados, cuyo suelo herboso se está convirtiendo en un conjunto de charcos y de surcos de fango. A Glyn le interesa la anchura del caminito, así que se concentra, resuelto a olvidar los pezones de Kath. Cada cosa a su tiempo.

«Estamos aquí porque creo que este sendero es una antigua cañada y tengo que comprobarlo. Te lo dije cuando salimos.» «Es verdad. Siempre se me olvida que vienes a trabajar.» Y se ríe con aquella risa suya, única. «Es que parece una excursión campestre. Oye, ¿te importa que me quede aquí mientras acabas? Voy a tomar el sol detrás del seto.»

Cruza la cancela, entra en el prado, se tira boca arriba en la hierba y ¡fuera la camiseta! Los pechos desnudos apuntan al cielo.

Cuando Glyn devuelve la caja a su estante, descubre un montón de papeles detrás. ¡Ajá, las separatas! Sí, por fin, aquí estaba la mina: «Principales modelos de la distribución poblacional en el norte de Inglaterra», *Advancement of Science*, 1961.

Si hubiera empezado por arriba, la carpeta de marras no habría salido a la luz, por lo menos no hoy, el día habría seguido su curso normal y ahora Glyn se encontraría abajo, sentado a su escritorio y sacando adelante su artículo.

Arrambla con todo lo necesario, cierra el armario y baja a su despacho. Allí deja la separata a un lado. ¡Coño, ya lo hará cuando tenga que hacerlo!

Saca la fotografía.

La mira de nuevo. Puede que se me haya pasado algo a primera vista. Kath lleva una falda de vuelo y una especie de blusa negra con buena parte del cuello y la espalda al aire. Me suena esa blusa, creo. Y los pendientes largos me suenan también.

Nick lleva unos pantalones oscuros y una camisa a cuadros de manga corta. La ropa no me dice nada, pero recuerdo bien su pelo siempre un poco más largo de lo normal, que le caía por la frente. Aquí le sombrea el rostro de perfil, aunque no mira a Kath, sino a otra persona. A Elaine, parece.

Elaine mira a la cámara y yo creo que está hablando porque tiene los labios entreabiertos. Puede que les hable a ellos. Lleva unos pantalones y

algo amplio, tipo suéter, un bolso en bandolera y un sombrero de tela vaquera.

A los otros dos no los reconozco. Son un hombre alto y una bajita de pelo negro y rizado que visten también ropa deportiva, de lo que solo puedo deducir que es verano y que no cabe duda de que están en confianza.

Un grupito de amigos y el fotógrafo, claro, o la fotógrafa.

Y yo, ¿dónde estoy? Ahí no, desde luego. Estaba ausente, en otra parte, ocupado en otras cosas.

Y ellos, ¿dónde están? El fondo es anónimo. Una línea de árboles, la hierba que pisan y el cielo azul con una nube blanca y solitaria.

Una salida al campo. Una excursioncita. «Anda, vámonos... ¿Por qué no dejas eso? Hace un día precioso y viene Elaine, y Nick, naturalmente...»

¿Cuándo? A juzgar por el rostro juvenil de Elaine estaríamos en los ochenta más o menos.

Pero a uno le gustaría conocer la fecha exacta. No, no le gustaría, lo que ocurre es que a uno le obliga la circunstancia. No tengo más remedio que extraer de esta prueba vital toda la información que pueda proporcionarme sobre el estado de la cuestión en el momento, ya que, por lo visto, no era lo que parecía entonces ni lo que yo he creído siempre.

¿Cuándo se tomó la fotografía?

¿Y el fotógrafo? ¿Quién fue la persona que recogió el sobre con las fotos reveladas y que, al examinar por encima el contenido, reparó en una que le llamó la atención, la miró bien, cortó el negativo del rollo y le pasó la copia a él?

Una complicidad tácita, pero ¿por parte de quién?

Claro, la única persona que puede aclarármelo es Elaine. Quizá estaba conchabada, quizá no, ya se verá, pero seguro que conocía la identidad de todos los asistentes a la interesante excursión campestre.

Ahora es Elaine quien llena la habitación. Glyn la ve y la oye en diferentes personificaciones. La conoce desde hace mucho tiempo y de varias formas, pero lo fundamental es que se trata de la hermana de Kath, que es como la examina ahora mismo.

No estaban muy unidas. Elaine era con mucho la mayor y el polo opuesto de Kath en todo y por todo: aspecto, inclinaciones y personalidad.

Sin embargo, se daba entre ellas esa curiosa mezcla de tensión y apego que suele darse entre hermanos. Con Kath, Elaine tiraba a matar, solo por eso, porque era Kath, cosa que en apariencia no podía soportar, pero con el tiempo se volvió protectora. De pronto, Kath empezó a dar un salto hasta casa de su hermana sin que se supiera bien por qué y a telefonarle a altas horas de la noche.

No era de mi incumbencia, piensa Glyn. Cosas de ellas. En cambio, ahora, de repente, le incumbe. ¿Cuál es el papel de Elaine en este tinglado? ¿Lo sabe? ¿Lo supo?

Glyn observa a Elaine, a la Elaine de entonces, exitosa diseñadora de jardines, próspera mujer de negocios y esposa de Nick, a la que trató hace mucho, porque al fin y al cabo Elaine y Glyn han hecho mucho camino juntos, pero ella es aburridamente impenetrable. Ahora, como antes, habla, mira y actúa sin dar pistas. Puede que siempre haya sido así..., dura de pelar, esta Elaine.

Una vez, por aquel entonces, estaba en esta misma habitación. ¿Cuándo fue? Después de aquello. «¿Piensas seguir viviendo aquí?», preguntó.

Cuando Glyn respondió, no hizo comentarios. Se ofreció para ocuparse de las cosas de Kath y así lo hizo, aunque visto está que no limpió a fondo.

¡Como si él necesitara una mudanza! Solo faltaba. Claro que habría... ecos, pero los notaría de cualquier forma, y uno tiene que aprender a vivir con los ecos.

Se sacude a Elaine de la cabeza porque al menos en este papel no tiene nada que ofrecerle. Se acerca las notas y enciende el ordenador. Es media tarde y ha desperdiciado gran parte del día.

La fotografía quema dentro del sobre, y en su cabeza.

El método de trabajo de Glyn se basa en la evaluación desapasionada de las pruebas y en el examen de los datos disponibles. Un sistema que ha producido varios libros, muchos artículos y un aluvión de conferencias, reseñas y ensayos. La opinión también cuenta, naturalmente, y a Glyn se le conoce por sus opiniones contundentes y por la defensa acendrada de sus posturas, pero lo primordial es la objetividad y la mirada imparcial.

Una mirada desapasionada al propio Glyn en este momento nos ofrece la figura de un hombre que ronda los sesenta, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador y una mata de cabello negro salpicada de gris. Un rostro cuadrado y duro, que evidentemente ha pasado mucho tiempo a la intemperie porque está rojo y curtido como el de un campesino. Los ojos, grandes y castaños; las cejas, espesas; y las comisuras de la boca, caídas, tal vez por el esfuerzo que le exige la concentración. Aporrea el teclado con dos dedos y comete muchas faltas. De cuando en cuando alcanza algún papel del montón que tiene al lado, lo mira de reojo con el entrecejo fruncido y vuelve a la carga.

La habitación es un taller, no cabe duda, y está revestida de estanterías desde el techo hasta el suelo: libros de pie y libros de canto. Mesas y sillas rebosantes de papeles, ficheros. Poco hay que sea decorativo o no funcional: dos perros Staffordshire en la repisa de la chimenea, una jarrita lustrosa en el alféizar, una alfombra persa muy raída en el suelo; un mapa enmarcado del Servicio de Cartografía que reproduce una zona del condado de York a mediados del siglo XIX; algunas fotografías aéreas de secciones de paisaje verde y una foto en color del propio Glyn en una ladera azotada por el viento, bien parecido y veinte años más joven, con unas firmas al pie: «Saludos de todos. El equipo de *Modificaciones del suelo*, 1980».

Apartándonos más para ampliar la vista, la habitación queda incluida en una casa que se levanta en una calle bordeada de árboles, con chalecitos independientes y jardines pequeños. Es una urbanización de los años treinta, la ampliación anterior a la guerra de esta ciudad situada al sur de Inglaterra que vemos ahora, apartándonos más todavía, hasta el ojo de máximo desapasionamiento: el propio cielo. Ahí está la ciudad, amasijo de piedra, ladrillo, madera, metal y cristales; y la catedral, que descuella de la mezcla del centro; y las calles como hondonadas, con la disciplina circular de las chimeneas en las hileras de casas, y un cinturón de zonas verdes y los bloques de oficinas, semejantes a farallones blancos, y, en los alrededores, la pulcra geometría de la universidad en la que trabaja Glyn.

No hay personas, solo el hormiguar de los coches. La casa de Glyn ha desaparecido digerida por la masa urbana: una cajita más en una fila de cajitas parecidas. Y la propia masa, ese desorden impenetrable y complejo,

se desangra por los márgenes y se va despoblando hasta que el espacio abierto se la bebe a lengüetazos. O mejor, los espacios..., cuadrados, triángulos, rectángulos y las versiones distorsionadas de esas figuras, delimitadas a veces por unas crestas negras. Masas oscuras y esponjosas, líneas largas y claras que cortan el espacio y se pierden a lo lejos. De tanto en tanto, una versión en miniatura de la densidad urbana, una pequeña concentración de energía en la confluencia de unas líneas. Y, al fin, también el espacio abierto retrocede y se produce un derrame, un escape, una próspera agitación que vuelve a espesarse adoptando el formato urbano, fusión enigmática de un hoy y un ayer que suceden al mismo tiempo.

Es decir, si reconoces lo que ves. Si eres Glyn Peters, que en este momento se ha levantado del ordenador y tira de los cajones anchos y poco profundos de un fichero, donde encuentra lo que busca: un mapa y una fotografía aérea de gran tamaño. Extiende las dos cosas en lo alto del fichero, una junto a otra, y estudia con interés la zona tomada desde el aire, donde no se aprecian ni espacios ni formas, sino un ensamblaje de tiempo. Ve siglos yuxtapuestos, superpuestos, que se adueñan de su parte y se desplazan los unos a los otros. Ve el trabajo de los campesinos medievales impreso bajo las líneas rigurosas de los cercados del siglo XVIII; ve una autopista que cruza y machaca una calzada romana; ve el verde montículo de un castillo normando que destaca del desorden urbano.

Se ve a sí mismo poniendo cercas a sus propias conquistas territoriales: estuve allí, hice aquello. Bishops Munby, por ejemplo, donde pasó el verano de 1976 supervisando la excavación de una aldea medieval desaparecida. Todavía ve aquel campo con sus elocuentes protuberancias y declives, las huellas de las casitas de entonces, las calles de la aldea y la hilera de los viveros de peces. Días soleados, días lluviosos, las miradas curiosas del ganado, el comedor improvisado dentro de la tienda, las noches en la taberna del pueblo y la alegre mano de obra estudiantil. Ve a la chica de Durham, Hannah algo, una joven adjunta con la que mantuvo un entendimiento mutuamente satisfactorio durante todo el tiempo: vaqueros desgastados, piernas largas y bronceadas y una sonrisa cómplice que le brilla en el rostro mientras rasca una pared con la paleta.

Y de nuevo allí, diez años más tarde, en medio de aquella conurbación industrial, comparando la estructura viaria con los primitivos mapas cartográficos. Un trabajo en soledad, con el pueblo arremolinado a su alrededor: la gente que mira a ese hombre que va de acá para allá armado de mochila y bloc de notas. Una época de actividad febril, en la que su gran libro estaba ya en camino y los proyectos le bullían en la cabeza. Aquí se cuele la voz de Kath, elevándose desde la superficie brillante que Glyn está mirando y a la que ahora se superpone el hotel maloliente en el que solía alojarse. Es la voz de Kath al teléfono. «En vista de que este verano no vas a andar por aquí, me voy quince días a Francia con una gente.» Una pausa. «¿Me quieres?», pregunta ella.

Glyn estaba pasando a limpio sus apuntes en la habitación del hotel y Kath se hallaba a casi trescientos kilómetros, pero todavía resuena. Sin embargo, Glyn solo la oye a ella; él ha desaparecido. ¿Qué contestó? Sabe Dios.

Levanta la vista de la fotografía extendida y la fija en la ventana, impresionado por la idea. ¡Qué raro! Todo el parloteo que nos da vueltas en la cabeza procede de los demás, nunca de nosotros mismos. Ellos hablan, pero nosotros no respondemos, y como no hay intercambio se pierde una prueba vital. Eso que yo nunca he sido lo que podría llamarse un hombre de pocas palabras, piensa.

Interesante. Según parece, el funcionamiento de la memoria es principalmente receptivo: lo que vemos y lo que oímos. Aunque ocupamos el centro de la acción, de algún modo se nos excluye de la imagen. Glyn repasa un poco y se da cuenta de que casi no oye su propia voz como no sea dando una conferencia o discursando delante de una cámara, pero en esos casos seguro que la reconoce porque las frases quedaron registradas en un papel. Por el contrario, en las escenas con otras personas está callado; él, que no suele estarlo nunca.

Se le ocurre que cabría establecer una elocuente analogía con el silencio de los muertos. Los innumerables muertos cuyas vidas le incumben, cuyos asuntos se esfuerza en reconstruir por medio de lo que han dejado a sus espaldas: el ladrillo, la piedra, la alteración del paisaje y una avalancha de papel conservado en millares de archivos. Esa masa enorme y muda que ha

hecho de todo, pero que no está en condiciones de contarte lo que sintió, puesto que sus voces te llegan como de segunda mano, filtradas, diluidas y distorsionadas. Sí, es un párrafo estimulante para un artículo. Toma nota. Es una idea en ciernes —¿diarios, cartas?—, pero merece la pena darle unas vueltas.

Continúa con la mirada fija en el abandonado rectángulo de su jardín, donde merodea una paloma por el césped hirsuto y una ardilla desciende por el tronco de un cerezo con un movimiento único y fluido. En estos tiempos casi no sale al jardín y únicamente utiliza la casa como cama y oficina. Cuando necesita un poco de compañía, convence a otra persona para ir a tomar algo al bar, a un colega o a uno de sus alumnos investigadores. Para un solaz mayor está Myra, que trabaja en el archivo de la universidad. Es una relación discreta. Myra aceptó hace ya mucho que no cabe esperar un compromiso duradero y que lo suyo debe quedar en la más estricta intimidad. Los domingos, ella hace un asado succulento, y su cama es blanda y profunda. Glyn conserva su estuche de afeitarse y un cepillo de dientes en aquel cuarto de baño.

Ahora mira distraído a la ardilla, que da vueltas por la hierba y de vez en cuando se queda paralizada, totalmente inmóvil, con la cola curva, antes de salir como una centella hasta un seto en el que desaparece.

Glyn se espabila, enfadado consigo mismo. Él no es hombre que se dedique a contemplar a las ardillas por la ventana cuando trabaja. Deduce que se debe a la inercia de la tensión emocional, cosa que no le gusta.

Vuelve al ordenador. La fotografía aérea, que continúa extendida en lo alto del fichero, ha cumplido su función y alguna más que Glyn no esperaba. Mientras aporrea de nuevo el teclado, el texto va acumulándose en la pantalla. Ahí está la sustancia del artículo, de modo que al final ha salvado la honra. Los últimos retoques pueden esperar a mañana, porque ahora él necesita volver a lo sucedido para situar las cosas en perspectiva, ordenar sus reacciones y elaborar una estrategia.

Ya ha oscurecido. Es un atardecer largo y claro de principios de verano. Va a la cocina y abre la puerta trasera. Como lleva todo el día encerrado en casa, piensa que el aire fresco aliviará su estado mental. Saca la vieja butaca

de mimbre a la terracita solada, se prepara un plato con pan y queso, unos pepinillos en vinagre y una manzana y abre una botella de vino tinto.

Se lo toma todo allí, a la luz pacífica del hermoso atardecer. A su alrededor, el barrio disfruta ruidosamente: cortadoras de césped y niños que juegan. Pero él está sordo a todo, no se encuentra ni allí ni en ese momento, sino con sus sombríos pensamientos en otra parte.

Está en la escena de esa fotografía que ni siquiera necesita tener delante, porque sabe lo que ha visto y porque las palabras de la nota se le han quedado grabadas.

Bien, seamos objetivos. ¿Qué se veía? Dos personas cogidas de la mano en una actitud que podría parecer de disimulo. Cogerse la mano es un hecho que sugiere, cuando menos, familiaridad, aunque no necesariamente una relación carnal. El lenguaje de la nota es íntimo («amor mío») y también conspiratorio. La forma de hacer llegar la foto que tuvo la persona que la había tomado abunda en la sospecha de que se cocía algo que convenía mantener en secreto. Dicho de otro modo, esos dos follaban.

¿Desde cuándo? ¿Por cuánto tiempo? ¿No plantea esto otros interrogantes? ¿Era un episodio más de un modelo de comportamiento? ¿Kath saltaba alegremente de un amante a otro? ¿Lo sabía todo el mundo menos yo?

Pruebas, piensa, necesito pruebas. Las buscaré, pero lo primero es lo primero. ¿Qué es lo que sé a ciencia cierta?

Glyn analiza su matrimonio.

Se concentra en los hechos escuetos, cuyo resultado es más o menos el siguiente: el sábado 25 de agosto de 1984, Katharine Targett y Glyn Peters contraen matrimonio en el Ayuntamiento de Welborne y se establecen en el número 14 de Marlesdon Way, en Ealing. En 1986 se mudan al 29 de la calle de St. Mary, en Melchester, porque a Glyn Peters le ofrecen un empleo de profesor en la universidad del mismo nombre. En esa dirección continuaron viviendo todo el tiempo que duró su matrimonio.

Quizá podría añadirse un preámbulo, tal como sigue: Glyn Peters conoció a Katharine Targett en casa de la hermana de ella, Elaine, a la que trataba desde hacía poco. El noviazgo fue corto.

Hasta aquí los hechos, y Glyn, como cabría esperar, es por excelencia un hombre de hechos, pero estos en concreto los descarta porque le dicen poco, justo lo que ya sabe, y ahora importa lo que ignora.

Si existe algo significativo es el subtexto, los hechos secundarios que se ocultan tras la narración, las versiones fragmentarias de aquellos años, las de él y las de ella. Su propia versión presenta facetas distintas, puesto que están su vida con Kath y su vida sin Kath. Los momentos que pasaban juntos —cara a cara en la mesa del desayuno, espalda con espalda en la cama o yendo por ahí como una pareja cualquiera— y los momentos que cada cual pasaba por su cuenta, cuando él era él mismo, el de siempre, el que caminaba, charlaba, trabajaba y vivía una vida de la que ella, si bien se piensa, no sabía mucho. La vida hermética de los compromisos profesionales.

¿Cuál era el subtexto de Kath? Porque, naturalmente, también ella llevaba una doble vida. Ahora resulta que Glyn tiene la impresión de no saber nada de ninguna de las dos, y en este caso las pruebas son irrecuperables. Están perdidas, aniquiladas.

En cuanto a las tuyas, se han falseado para siempre. Ahora hay dos cosas: lo que él sabe y el giro letal que han dado a todo la fotografía y la nota escrita.

¿Cuándo ocurrió aquel asunto entre ellos?

Glyn despliega ante sus ojos aquellos años con la finalidad de analizarlos.

Los pone en orden. Los años inmediatamente posteriores a la boda en Londres, antes de que él obtuviera la cátedra. La casa de Ealing. El largo trayecto cotidiano en metro hasta la universidad, las clases, las horas robadas para ir a la biblioteca. Las escapadas por su cuenta... Desplazamientos para los estudios de campo, conferencias, más horas de biblioteca. ¿Qué hacía Kath mientras tanto? Glyn recuerda la temporada en que ayudó en una galería, aquella otra en que, con motivo de su participación en un festival, desapareció durante días y días, y el breve periodo de entusiasmo aprendiendo a diseñar joyas en el estudio de no se sabe quién. Pero ¿y el resto del tiempo? Existen momentos. Glyn toma como ejemplo sus regresos de la universidad, ya tarde, o de alguno de sus

viajes. ¿Le esperaba Kath con una copa en la mano y algo que oliera bien en el homo? Pues no, porque no era su estilo. Si estaba en casa, muchas veces no estaba sola, sino con alguno de aquel círculo suyo de amigos, que ahora, en el recuerdo, se confunden unos con otros. Y, si no, estaba en paradero desconocido. A lo sumo dejaba una nota en la mesa de la cocina: «Luego vengo. Besos. K».

La mudanza a Melchester, a esta misma casa y a una vida de mayor actividad para él. Ahora Kath se le escapa aún más. Ella descubre que está dotada para la decoración de interiores y se dedica a estarcir, puntear y jaspear paredes con la técnica del trapeado. Las de casa son herencia suya. Glyn la ve subida a una escalera, vistiendo unos vaqueros y una camisa holgada y con el pelo recogido hacia atrás dentro de un pañuelo de algodón. «¡Eh! —le llama—, mira esto. ¿Te parece bien para la casa de una diseñadora?»

La casa rebosa de Kath. Entrando por la puerta principal: «¡Hola! Andas por aquí... ¡Qué bien!»; en el cuarto de baño, perfumada y salpicada de espuma, tarareando por lo bajinis, lo cual desvía los pensamientos de Glyn hacia el deseo; arrebujada contra él en el sueño o protestando cuando se despierta porque él la busca. Hace años que Glyn vive con estos fantasmas ya domados y sometidos a su voluntad, pero, ahora que todo ha cambiado, el recuerdo se llena de rabia y de frustración. Kath está ahí, como siempre, y sin embargo inalcanzable de otro modo.

La ve durante alguna de las reuniones de la universidad en su papel de consorte del profesor, un personaje que no es el suyo en absoluto. Advierte las miradas de interés de los colegas y sigue complacido el paso de su mujer por la habitación. Kath es, como siempre, ella misma, pero allí es también el activo de Glyn, su galardón. Su presencia deslucía a las otras esposas.

Y ella, ni idea. A la vuelta, dice: «Lo siento, te he dejado en mal lugar. Todas con sus vestidos de fiesta, y yo, con mi falda vaquera. Seguro que es motivo de divorcio».

Glyn pasa revista a esos años y ve por todas partes agujeros y resquicios por los que Kath se escabulle. Aquel año que él pasó un mes en Estados Unidos, ¿dónde estaba ella? No lo sabe. ¿Se quedó sola aquí,

perfeccionando sus habilidades para las faenas caseras? Improbable. Y en caso contrario, ¿con quién estuvo?

Porque la sospecha ya se ha instalado. ¿Quién más hubo?

Cuando la conoció, tuvo que ahuyentar a otros dos moscones, pero no se recuerda celoso, sino resuelto a actuar de un modo expeditivo, científico. Le bastó con verla la primera vez para saber que debía ser suya, y no para unas semanas o unos meses, sino para siempre. Esta vez tocaba casarse. Él mismo se sorprendió de una seguridad tan absoluta, de una necesidad tan violenta. Si había que deshacerse de los otros, nada mejor que establecer la propiedad del modo más rápido e indiscutible. Dio por sentado el éxito.

Aquel breve periodo se condensa ahora en una imagen impresionista de dichos y hechos. Pasa horas y horas con Kath al teléfono, habla que te habla, pero no es capaz de oír su propia voz..., solo la de ella. Kath se echa a reír con su risa un poco nerviosa. «Glyn, por favor... —dice—, ¡cómo eres!... —Y continúa, con su tono jadeante y perentorio—: Te escucho... Me va a dar algo de tanto escucharte.»

Están en el coche de Glyn, que la pasea por todas partes con tal de no perderla de vista. La mira de reojo y ve su perfil y sus mechones oscuros destacados contra la piel. La lleva de un lado a otro y adapta el asedio a las necesidades de su vida profesional. Kath escala castros de la Edad del Hierro, visita zonas industriales y asiste a conferencias. «¿Adónde vamos hoy?», pregunta entre incrédula y divertida. Sin embargo, no siempre es tan dócil, porque a veces se esfuma, el teléfono no contesta y ella lo siente muchísimo, pero le fue imposible. La evasión solo sirve para reforzar la persistencia de Glyn. «Estoy haciendo cosas que no he hecho en toda mi vida —dice Kath—. No sé qué es esto que me pasa.»

Pero ya lo creo que lo sabe. «Esto» es Glyn, una fuerza imparable, que se sorprende tanto como ella. ¿Quién iba a decirle que llegaría a obsesionarse de ese modo por una mujer?

Elaine está de pie junto a la repisa de la chimenea, a solas con Glyn, porque Kath ha salido de la habitación y Nick sabe Dios por dónde anda. «Así que mi hermana y tú estáis juntos, ¿no?», pregunta.

Glyn abre los brazos, con un gesto propiciatorio y conciliador. Es la primera vez que no tiene nada que decir.

Y el asunto no vuelve a plantearse. Kath anuncia que se han prometido y Elaine se lanza a hacer planes: el banquete será en nuestra casa, déjame a mí los detalles prácticos, ¿prefieres bufé o mesas? Entra en un alegre estado de aceleración y se pone a elaborar listas de invitados, a buscar proveedores y coches.

«Es exagerado —protesta Kath—. Podríamos invitar a unos cuantos amigos en el bar del río.»

«Solo te vas a casar una vez —dice Elaine—. Eso espero.»

Cuando salen del Ayuntamiento, Elaine está en la acera con la cámara. «¡Quietos! Quedaos ahí mismo, así, así. Una sonrisa grande, por favor. Kath, estírate un poco la falda, que la llevas encogida.»

Glyn ya se ha comido el pan, el queso, los pepinillos y la manzana, además de beberse dos vasos de vino tinto sin darse cuenta. La luz está abandonando el jardín y, a su alrededor, se aquietan los ruidos del vecindario, se aparcan las cortadoras de césped y se llama a los niños para que entren en casa. Nunca ha tenido mucho trato con sus vecinos. Él, que es un estudioso de los hábitos de la vida en comunidad, no se preocupa de la suya; por tanto, lo que ocurra o deje de ocurrir en la puerta de al lado no le interesa, y menos ahora que está ausente, entrando en la siguiente fase de sus agitados pensamientos.

La revisión de los años transcurridos junto a Kath no le ha tranquilizado gran cosa. Ahora vuelve a Elaine.

Piensa enseñarle la fotografía y también la nota.

No tiene por qué enterarse, no hay necesidad, y sería mejor que no se enterara, pero yo lo sé y no puedo llevar esta carga solo. Necesito compartir el escándalo, el dolor, los celos retrospectivos y cualquier cosa que sienta, sea la que sea. Pienso enseñársela.

Por encima de todo necesito saber si ella lo sabía entonces, si lo ha sabido siempre.

Hace tiempo que Glyn no la ve, dos años o más. Tiene, pues, excusas de sobra para llamarle y proponer una comida o una copa. Tanto le apremia su situación que está dispuesto a coger el coche al día siguiente y presentarse donde ella vive, a unos ciento veinte kilómetros. Pero no es buena idea porque Nick podría estar allí.

Tiene que ser paciente. Mejor telefonea para quedar.

Elaine

Kath.

Kath emerge a la superficie siempre aquí, mientras Elaine espera que cambie el semáforo en la calle Mayor de Welborne, justo delante del edificio del Ayuntamiento. Baja la escalera una y otra vez con la mano apoyada en el brazo de Glyn. ¡Kath casada, por Dios! Elaine la ve hoy con la misma claridad con que la vio a través de la lente de la cámara entonces, cuando se adelantó para tomar la oportuna foto. Elaine, la competente hermana mayor que había sido el cerebro de la jornada. Kath se ríe y lleva en el pelo un poquito del confeti que les han tirado. Baja los escalones sin dejar de reírse para siempre jamás.

Bueno, solo mientras yo ando por aquí cerca, piensa Elaine. Cambian las luces, avanza el coche y Kath desaparece. Ahora está amansada, es mucho más dócil que en aquella época; no siempre va y viene cuando una lo desea, pero no se desmanda.

De todas formas, Elaine está preocupada. Conduce automáticamente en dirección a casa, pero vuelve con el pensamiento al sitio que ha dejado atrás, donde se encuentra el jardín que debe proyectar. Piensa en unos senderos de laburno, que luego descarta para sustituirlos por glicinia en arcos de hierro forjado con un tapiz de alium. También tiene pensada alguna instalación acuática, unos paseos arbolados y unos huertos con su cerca. La esposa quiere un *potager*, así que tendrá un *potager*. El marido, por la pinta y el modo de hablar, estaría mejor en su club de golf, pero es muy rico y acaba de gastarse una fortuna en la mansión de Surrey que por fuerza hay que engalanar.

La esposa también quiere galanuras. Ha visto muchos programas de jardinería en la televisión y lo sabe todo en materia de jardines de buen

tono, o eso cree ella.

Pero no se saldrá con la suya mientras sea Elaine quien esté a cargo del asunto. Habrá que convencerla de que no todo lo que pega en un adosado de Birmingham va bien en una casa de Surrey, construida en 1910 dentro de un reducto de corredores de Bolsa, con detalles estilo Lutyens y sobre casi una hectárea de terreno en condiciones ahora desastrosas, pero con un esqueleto interesante. Elaine ha descubierto los restos arqueológicos de lo que fue en otro tiempo un jardín rehundido, de estilo Gertrude Jekyll, completado con canalillo y fuente, y tiene la intención de restaurarlo.

Definitivamente, nada de perifollos.

«¡Mira que eres crítica! —dice Kath—. No me hagas tantos reproches. Sé buena conmigo.»

Kath, que ha vuelto a implantarse, se superpone al jardín de Surrey. Solo es una cara y una voz, como el gato de Cheshire, pero hace el gesto de siempre y, ladeando un poco la cabeza y jugueteando con un pendiente, dice lo mismo de tantas veces.

Elaine la despacha.

Nada de adornos, y la parte acuática será el riachuelo estilo Jekyll restaurado. Y nada de excavar hoyos con paredes de polietileno reforzado. Seguramente la esposa no ha oído hablar de Gertrude Jekyll, pero Elaine piensa deslumbrarla con su ciencia, y, puesto que la pareja ha pagado una buena suma por su nombre y sus conocimientos y puesto que ella no es una presentadora de televisión de poco fiar, sino una reputada paisajista con mucha experiencia, con grandes proyectos en su currículum y con varias publicaciones en revistas de lujosa presentación, es probable que se sientan desbordados y que empiecen a dudar de lo que desean. Dentro de pocos años enseñarán el jardín rehundido, el paseo arbolado y la pérgola de glicinia y dejarán caer el nombre de Elaine delante de los socios del marido, que, si bien no habrán oído hablar de ella, sabrán reconocer un trabajo con clase nada más verlo.

Elaine, que no suele hacer mucho caso de los clientes, prefiere a los anónimos burócratas de las grandes empresas. Los jardines de Appleton Hall, adquiridos por uno de los principales bancos del país para construir un centro de reuniones y formación de su personal, se encuentran entre sus

encargos más satisfactorios. En aquella ocasión no tuvo que sentir en el cuello el aliento de una pareja de ignorantes atrevidos que discuten en voz baja si quieren esto o lo otro; recibió unas instrucciones, un presupuesto, y adelante. Los jardines de Appleton Hall son su orgullo: el parterre de setos de boj y los arriates en plata y azul, con vislumbres del paisaje circundante enmarcados al final de los senderos de hierba.

Elaine no proyecta jardines para los adosados de la periferia porque los dueños no pueden costearse sus tarifas, pero estos tienen a su disposición una verdadera multitud, una hueste de equipos que prestan servicio a la gente de su estilo. A lo largo de la vida profesional de Elaine, el diseño de jardines ha dejado de ser una actividad rara reservada a unos cuantos ricos para convertirse en una industria destinada a los chalecitos y ha pasado a estar al alcance de cualquiera con un poco de dinero para embellecer su propiedad. Ahora todo hace pensar que el paisajismo ha adquirido visos de manía. Antes había dos tipos de jardinero: el especialista obsesivo que cultivaba sus plantas en el jardín trasero para presentarse a los concursos y el experto aristócrata que reinaba sobre varias hectáreas de bosque. Hoy en día cualquier pareja orgullosa de su casa distingue sus ceanotos de sus mundillos.

A Elaine le divierte el fenómeno, porque ahora el oficio está en boga y ya no se considera anticuado o elitista, según las opiniones. Mejor para el negocio, y, aunque sabe de sobra que la competencia es muy dura, cumplidos los sesenta ha comenzado a rebajar su actividad, a ser más selectiva con los proyectos y a decir «no» cuando el trabajo le parece demasiado complicado o demasiado aburrido.

En otro tiempo aceptaba todas las ofertas. Estaba empezando y eran los años en que acababa de aprender a cultivar plantas trabajando por salarios de risa en algunos jardines famosos. Proyectaba cualquier cosa, lo mismo hacía un jardín ornamental para la entrada de un hotel que para un nuevo complejo residencial. No le quedaba otro remedio, dado que era la aprendiz más joven y, por ende, la encargada del trabajo sucio de una empresita fantasma que operaba en una de las zonas más frondosas de las afueras de Londres.

Aquellos años han quedado oportunamente olvidados en el currículum vitae que entrega a sus posibles clientes. Desde entonces ha hecho cosas mucho más importantes, como consta en el folleto de presentación que renueva continuamente. El primero era una cosita sencilla e inocente en comparación con la versión actual de diseño. Nick, que le echó una mano, se lo pasó a una ilustradora amiga suya para que lo decorara con pequeños motivos florales, y la gente con la que trabajaba cuando montó la editorial hizo la impresión. Fueron emocionantes aquellos primeros años del matrimonio y del trabajo, el de él y el de ella.

Elaine está ya en el último trecho del camino a casa. Pasa por delante del cruce con la calle que lleva a la casa antigua, donde la vida familiar se desarrollaba junto con un pequeño negocio editorial y el embrión de una empresa dedicada al paisajismo. En todas las habitaciones reinaban la actividad y el desorden y en ninguna faltaba un fichero, una persona trabajando en una mesa o una pila de libros. Polly se sentaba en su trona de la cocina o gateaba por el suelo entre la gente que preparaba facturas o contestaba al teléfono.

La casa de antes emite señales, una especie de código Morse inextinguible que se oye siempre al pasar por aquí. No es que Elaine esté pensando en la casa, pero se le cuelan caprichosamente algunos fragmentos de aquella época mezclados con sus reflexiones sobre los esquemas de la mansión de Surrey. ¿Qué tal un jardín palustre con plantas? ¿Rosas de varias clases para ese parterre largo? ¿*Hydrangea paniculata* en los muros? Y junto a esto, el pensamiento de que mañana toca compra grande en el supermercado. Ahora, a medida que los pensamientos danzan en su cabeza, aparece Nick en primer plano, tal vez porque Elaine se está acercando al bar en el que comían los domingos, y lo ve allí, una mañana de verano, sentado a una mesa de bancos fijos, el cabello pesado y lacio y una camisa verde oscuro de manga corta, agitando la pinta de cerveza que sostiene en la mano mientras se explaya sobre su nuevo proyecto. «Caminos —dice—. Caminos desaparecidos, caminos prehistóricos, vías romanas, cañadas para el ganado. Una colección enterita. Ya se han tratado hasta la saciedad los canales y los ferrocarriles. “Caminos desaparecidos de Gran Bretaña”, ¿qué te parece?»

También se halla presente Oliver, amigo, colega y socio, la otra mitad de la empresa, pero en este trocito de pasado no dice nada. Está sentado, con otra jarra de cerveza en la mano, y guarda un silencio lleno de preguntas, lo cual no es raro porque no conviene interrumpir la verborrea entusiasta de Nick. Oliver, hombre sensible y pragmático con los pies en la tierra, se hace cargo de los detalles prácticos del negocio y deja las artes editoriales en manos de Nick. El bueno de Oliver; el querido Oliver, como pensaba Elaine a veces, cuando un Nick especialmente terco y caprichoso se empeñaba de un modo obsesivo en abordar un proyecto con toda probabilidad inviable, porque allí estaba Oliver para brindar seguridad y consuelo y para recordar que todo se quedaría en agua de borrajas y que, en caso contrario, ya se le ocurriría algo a él. A Elaine le asaltaba a veces la idea de que habría hecho mejor casándose con Oliver, y, cuando recibía sus consejos, se le removía algo por dentro, pero él jamás habría traicionado a su amigo, ni de pensamiento, ni de palabra ni de obra. Y en última instancia, Elaine amaba a Nick, ¿no?

«No me escuchas, cielo —decía él, mirándola y sin dejar de agitar la jarra—. Estás pensando en tus dichosos jardines y me gustaría que pensaras en los caminos.»

Ha dejado atrás el bar, y el Nick de entonces queda eclipsado por el Nick de ahora, que quizá no esté en casa, pero que, si está, piensa Elaine con irritación, puedes tener la seguridad de que no se le ha ocurrido inspeccionar la nevera y acercarse al supermercado. Habrá pasado el día haciendo el vago, leyendo la prensa, jugueteando en Internet y con toda probabilidad escribiendo cuatro letras para una revista o uno de sus articulillos de viajes, y eso si en este momento tiene algún trabajo entre manos, cosa improbable. Mientras tanto, Elaine ha recorrido ciento cincuenta kilómetros y ha estado cuatro horas conteniéndose para actuar como una persona civilizada delante de dos idiotas.

Atraviesa el pueblo y entra en una calle lateral. En la casa antigua tenían vecinos, pero la nueva, la de los diez últimos años, está elegantemente aislada e inserta en un valle encantador que se completa con un bosque y un riachuelo. Nick y ella habían puesto sus ojos muchos años antes en el pequeño edificio de estilo georgiano rodeado de varias hectáreas de terreno

en las que Elaine se moría por meter las manos, hasta que un buen día salió a la venta. A Elaine le llovían los encargos y su vida era un hervidero de proyectos. Había llegado el momento de asumir riesgos.

Un jardín madura en diez años; por tanto, los terrenos tan codiciados constituyen ahora la creación más preciada de Elaine, pero todavía es un jardín joven: el paseo con la enramada de tilos está en la adolescencia, los ginkgos tienen que crecer, hay que rellenar algunas zonas y corregir ciertos errores. Elaine no aspira a nada grandioso; esto no es Hadspen, ni Tintinhull ni Barrington Court, pero sí una manifestación de su gusto y de su talento, su firma y su escaparate.

Son las seis pasadas. Al tomar el camino circular de la entrada a casa, advierte que ya se han marchado todos, porque solo ve el Golf de Nick estacionado. Durante el día hay toda una fila de coches. Sonia, la secretaria de Elaine, recorre quince kilómetros diarios desde su casa. Tres veces a la semana viene Liz, que se ocupa del papeleo que Sonia no atiende por falta de tiempo. La furgoneta roja pertenece a Jim, el encargado del trabajo duro del jardín. Luego están los relevos de los estudiantes de horticultura que hacen de aprendices en el taller de la maestra, como la propia Elaine en su tiempo. La actual aprendiz es Pam, una gordita del norte, fuerte como un roble y de una sociabilidad exuberante, muy dotada para el trabajo de los sábados, cuando el jardín se abre al público, momentos en los que se necesitan muchas manos para vigilar el terreno y atender la zona de las ventas, donde se pueden comprar plantas y un selecto surtido de útiles de jardinería, semillas, artículos de regalo y libros, entre los que se exponen todas las publicaciones de Elaine. Durante esos días, el prado que hay junto a la entrada de la casa se convierte en estacionamiento de coches para los visitantes. A veces Elaine está disponible en el jardín para responder con toda amabilidad a las preguntas y los cumplidos, una labor que al principio le parecía estimulante y buena para el ego, aunque ya se aburre de que le pregunten si tal planta o tal otra es de hoja perenne o caduca o cómo se podan las rosas. Ahora prefiere retirarse dentro de casa y dejar las relaciones con la clientela en manos de los estudiantes, que lo disfrutan mucho.

Cuando abrió el jardín al público, hace tres años, tenía la idea de que Nick participara. Al fin y al cabo, nadie más entusiasta ni más sociable que él. Bien encauzado, su entusiasmo habría servido para recibir a los visitantes, atender las ventas o, en último extremo, ocuparse de estacionar los coches. Al principio Nick estuvo de acuerdo. Rondaba por las terrazas, ofrecía a las señoras de mediana edad pequeñas dosis de encanto juvenil, reunía grupitos en la zona del arroyo para enseñar las primulas, se ocupaba de la caja registradora en la tienda y nunca le salían las cuentas, aunque nadie se quejaba porque comprendían que era un aficionado encantador. Jim se hizo cargo del aparcamiento cuando Nick llevó un BMW hasta el pequeño cenagal de abajo, donde el coche no tardó en hundirse. A su debido tiempo, el compromiso de Nick con los sábados comenzó a enfriarse y desapareció. Elaine se encerró en un silencio acusador.

«Cielo, estaban todo el rato preguntándome que si cómo se llama esto, que si lo otro puede crecer en un suelo ácido, cosas de las que yo no tengo ni idea. A las chicas se les da mejor, ya sabes que lo mío no es hacer dinero.»

Vaya si lo sabía. Es imposible sacar adelante una pequeña editorial cuando no se tiene el menor talento para los negocios. Hay que saber calcular lo que puede venderse y lo que no, y hay que equilibrar los riesgos y los costes y los márgenes de beneficio. Se necesita una cierta facilidad para los números, aspecto este que Nick descuidaba por encontrarlo muy aburrido. Cuando Hammond & Watson quebró a pesar de los buenos oficios de Oliver, el almacén estaba abarrotado de libros en depósito, se debía dinero a los autores y a los proveedores, y lo que había comenzado como un emprendedor sello editorial especializado en viajes y topografía se redujo a un montón de deudas.

Llevó un año arreglar el estropicio. Nick salió escarmentado, pero no perdió el humor. Qué importancia tenía, valió la pena mientras duró. Además, había sacado de la experiencia contactos útiles que le iban a proporcionar mucho trabajo en revistas de viajes y suplementos dominicales y probablemente la confección de alguna guía y otras cosas semejantes. «Oye, Oliver, y si nosotros dos...» «No —respondió Oliver—. Esta vez no cuentas conmigo. No lo tomes a mal; lo hemos pasado bien y sanseacabó.»

«Discúlpame —le dijo Oliver a Elaine—. Se me escapó de las manos y tengo la impresión de que te he decepcionado.»

¿A quién no se le ha escapado Nick de las manos?, pensó Elaine. También a mí se me tendría que haber encendido la luz roja, pero de ahora en adelante esto va a cambiar. Elaine se sentía más vieja y más inflexible, y al mismo tiempo, cosa rara, muy estimulada.

Ahora recoge los papeles y su cuaderno de notas del asiento trasero del coche y entra en casa.

Las ventanas están abiertas a la tarde estival. Se oye música a lo lejos. Es Nick, que está en la galería con una copa en la mano y ha puesto algo para relajarse..., después de un día agotador.

Elaine se dirige a la oficina, donde Sonia le ha dejado un montón de cartas para la firma. Hay otra bandeja con faxes y correspondencia pendiente de leer; lo reúne todo y guarda sus anotaciones de hoy en la carpeta correspondiente.

En la pizarra de la cocina, Pam y Jim han dejado escritos sendos mensajes. Pam ha terminado de arreglar el arriate largo, pero necesita instrucciones para el seto de boj y los esquejes de fucsia. Jim dice que la segadora de tractor ha vuelto a estropearse, que ha llamado al mecánico y que espera que llegue a tiempo de cortar el césped para el sábado.

Elaine atraviesa el camino de la galería, donde la azulina es un espectáculo para la vista. Más allá, el jardín resplandece con la luz de la tarde, pero ella le presta poca atención porque trae la cabeza a pájaros después de todo el día y está pensando en Nick, que se encuentra exactamente en la posición que ella imaginaba. No la oye entrar, aunque advierte su presencia cuando Elaine se sienta.

—¡Hola! Ya has vuelto. No me había dado cuenta.

—No me extraña. ¿Podrías bajar la música un poquito? —pregunta mientras abre el correo.

Nick obedece, se levanta para llenar su vaso y tiene una idea.

—¿Quieres una copa?

Elaine asiente.

—Se nos ha terminado ese blanco australiano tan bueno que compraste. Habrá que traer más.

—Te agradezco que me lo recuerdes —dice Elaine.

La atmósfera de frialdad no pasa inadvertida para Nick, que la mira cauteloso.

—Poll ha telefoneado. Dice que volverá a llamar.

—Mmm.

Nick adopta un tono jovial para mostrar su interés por ella.

—No te pongas ahora con esos papeles del demonio, cielo. Descansa y disfruta de la hermosura de la tarde. ¿Sabes lo que te digo?: que luego voy a preparar una tortilla y una ensalada para que no tengas que molestarte tú en cocinar.

—Sí, por qué no... —dice Elaine, volviendo a sus cartas.

El interés de Nick queda flotando en el silencio durante un rato. La mira de reojo.

—¿Clientes latosos? —pregunta con una solicitud profesional.

—Clientes latosos, como tú dices, hay muchos; si yo me dejara amilantar por ellos, tendría que abandonar este trabajo.

Nick cambia de registro y dice para redimirse:

—Hoy he tenido encima de la chepa a uno de esos verificadores de información, un quisquilloso que pretendía saber si había comprobado esto y si podía dar la fuente de información de aquello. ¿Te acuerdas del artículo que escribí para la revista de viajes de *The New York Times*?

—¿Y pudiste darle las fuentes?

—Bueno, algunas —responde Nick—, pero ¡qué latazo! Todo el rato con lo mismo... ¿Podemos ver el segundo párrafo de la tercera galerada...?

—Un abuso tremendo.

Elaine habla en un tono neutro, indescifrable, y coge otra carta.

La estrategia de Nick para demostrar que también él tiene un trabajo exigente no está dando el resultado apetecido.

—Naturalmente, yo tenía pensado ir a la biblioteca a buscar material para el libro sobre Isambard Kingdom Brunei. Me entusiasma de verdad el proyecto.

Elaine intuye que *The New York Times* no volverá a ofrecerle una colaboración en su revista de viajes. Las relaciones de Nick con los editores suelen durar poco, dado que los plazos de entrega le ofenden y las

reuniones informativas le aburren. En cuanto al libro, se quedará en un momento de euforia, y mejor así, porque será difícil que conmueva a ningún editor, teniendo en cuenta que la aportación de las numerosas obras que ya existen sobre la figura de Isambard Kingdom Brunel es muy superior a lo que Nick sería capaz de ofrecer.

De cuando en cuando, a lo largo de los años, Elaine se ha preguntado si debería tenerle lástima, pero Nick no invita a la compasión porque sin duda está convencido de que él no tiene ningún problema. Cuando algún aspecto de la actividad que desarrolla empieza a tambalearse y entra en el camino de la extinción, se queda tan campante: «De todas formas era un poco pesado y además tengo una idea mucho mejor...». El entusiasmo ha pasado a ser su oficio. «Hoy en día hay que hacer autoedición... Sé de un proyecto fabuloso para organizar vacaciones en barcas de lujo para americanos ricos... Lo más interesante sería crear un servicio de asesoramiento para viajeros...» De vez en cuando, alguno de esos proyectos supera la fase de la especulación desbordada y Nick se lanza a la búsqueda de los fondos necesarios, pero los posibles patrocinadores muestran una rebeldía enojosa, se empeñan en preguntar sobre un asunto llamado plan de negocio, y Nick sale corriendo a buscar refugio. El proyecto en cuestión deja de preocuparle y se desvanece en la nada, y él se retira a redactar la consabida carta solicitando un libro para reseñar. Se entrega a intereses transitorios. Sus idas y venidas son imprevisibles; siempre tiene algo urgente, un compromiso indeterminado. No obstante, parece un hombre en paz consigo mismo y con el mundo. Difícil compadecerle.

Elaine lleva casi treinta y dos años casada con él. Cuando mira a Polly, advierte en la presencia firme y enérgica de su hija la encamación de ese espacio de tiempo. Ya le resulta imposible concebir un mundo sin Polly y tampoco recuerda una vida sin Nick, pero en la actualidad Polly es el hecho más inevitable. Polly es imprescindible. Polly como es hoy, capaz, positiva, con su empleo de diseñadora de páginas web —«un trabajo de aquí y de ahora», según sus propias palabras— y como siempre le ha parecido a Elaine: activa, dinámica, esbelta, pulcra, una adulta que en cierto modo integra por completo todas sus personalidades anteriores. Si quiere a la recién nacida, a la niña, a la adolescente, Elaine tiene que buscarlas. Por

otro lado está Nick, que no ha cambiado mucho, que es solo la versión curtida por la intemperie del Nick joven y que a Elaine algunas veces le parece un raro accidente del destino.

De cuando en cuando se pregunta cómo fue a parar con Nick. ¿Por qué con él y no con otro muy distinto? Bueno, porque nos emparejamos con la persona que se nos pone a tiro cuando llega el momento. Los jóvenes son como perros en celo. A los veinte años, cuando rugen las hormonas, cualquiera podría valer; por ejemplo, ese otro que está igualmente disponible, sin compromiso alguno y listo para formar una pareja. Sí, claro, el amor también entra, pero el amor es un oportunista. El amor puede ser un expediente.

Y, cuando Elaine tenía veintiséis años, Nick estaba allí. Nick, el animado centro de todos los grupos, siempre de buen humor, siempre dispuesto a decir que sí a una proposición, rebosante de salud y de bienestar. En otras especies se elige la pareja por sus atributos físicos, indicativos de la existencia de unos genes de calidad. A juzgar por las apariencias, Nick emitía señales de buenos genes. De hecho, Polly ha heredado su altura, la estructura ósea del rostro y la dentadura libre de caries, aunque por fortuna no tiene su falta de aplicación, su pereza y su talento para escaquearse. Polly es una chica centrada, que habla el lenguaje de su tiempo y de su oficio.

No es más que el encuentro oportuno de dos personas en el mismo sitio y en la misma época; la intersección de dos trayectorias. La conjunción de Nick y Elaine tuvo lugar durante la década de los sesenta, buenos tiempos para ser joven si hemos de hacer caso a la leyenda. A Elaine le parece que Nick fue siempre mucho más joven que ella. Incluso entonces, ella se mantenía al margen de las actuaciones progresistas que conocía por la prensa y a través de su observación de los grupúsculos que formaban sus contemporáneos, sin duda mucho más capaces de integrarse. Cuando conoció a Nick, él pertenecía a uno de aquellos grupos y era el centro de atención de una de las fiestas en las que Elaine participaba más bien en calidad de espectadora insegura. Sin embargo, Nick, el joven atrayente, divertido y amable, dos años menor que ella, pero qué importa, reparó en su presencia y la eligió.

«A lo mejor está buscando una figura materna», le dijo una amiga en broma, y Elaine se dio por ofendida.

Ella se lo tomó con calma, y durante varios meses tuvieron una relación a trompicones, sin definir, pero luego se instalaron la costumbre y la suposición implícita de que probablemente sería para siempre. Un día, comiendo en un bar, Nick le dijo: «Mira, sinceramente, creo que deberíamos casarnos».

Y así fue como acabó con él.

Nick no maduró mucho. A ratos, Elaine tiene la impresión de que no ha madurado nada en absoluto. Un comportamiento cautivador en un hombre de veinticinco años empieza a serlo menos en uno de cuarenta, y no digamos si ha cumplido cincuenta y ocho. El paso del tiempo vuelve exasperante lo que una vez te sedujo, aunque se trate de la exasperación mitigada y discreta de quien hace mucho que se ha resignado. Podría haber sido peor, piensa, podría haber sido un borracho, un canalla o un mujeriego, pero es solo un irresponsable, un hombre de poco juicio.

Ahora Nick se mantiene al margen de la vida de Elaine. Comparte cama con ella por las noches y toma un cierto número de comidas en su compañía, pero está excluido del veloz discurrir de los acontecimientos. No pertenece al mundo de los faxes ni de las llamadas, ni tampoco al de las conversaciones que Elaine mantiene con Sonia, con Jim o con los aprendices, ni al de los juegos malabares que debe hacer con el tiempo y la energía. Sabe poco de los viajes de Elaine cuando recorre el país de parte a parte para reunirse con clientes o buscar materiales para un libro. «¿Dónde dices que vas? —pregunta él—. ¿A Warwick? Deberías visitar el canal que hay por allí cerca. Tienen la mayor serie de esclusas del país. Una cosa impresionante.»

Ahora, después del insensato ataque de interés que experimentó hace unos años, Nick se mantiene lejos de los libros. «¿Sabes lo que te digo? Que podríamos hacerlo todo nosotros. Yo mismo. Autoedición, y se acaba con los intermediarios. Es muy fácil... Vale, vale..., era solo una idea. ¡Déjalo!»

¡Ah, no!, pensó ella, ni por asomo. Ya sé de qué va y no pienso repetirlo. Los libros son cosa mía..., igual que todo lo demás.

Se está poniendo el sol. La tarde proyecta una luz más intensa en el jardín, y Elaine se concede un momento para admirarla. Al año que viene podría estar bien plantar unos cuantos tulipanes tardíos a todo lo largo del seto de tejo para dar luz a ese rincón oscuro. Vuelve a las cartas, que casi ha terminado de examinar. Ha formado dos montones, uno para que se ocupe Sonia y otro para hacer un borrador de las respuestas personales. Hay una invitación a dar una charla en un festival literario, que aceptará, porque seguro que se venden libros y porque supone una publicidad muy provechosa. ¿Querría asistir en calidad de invitada principal a la entrega del premio anual de una escuela de horticultura? Probablemente sí, por motivos análogos. ¿Tendría la amabilidad de visitar el jardín de un matrimonio del condado de Shrop («comprendemos que queda un poco lejos de su ruta, pero nos encantaría que pasara la noche en casa...»), que ha rellenado cuatro folios con sus tediosas teorías sobre las plantas y que probablemente considera inconcebible el precio del asesoramiento de Elaine e incluso el hecho de que se cobre por semejante cosa? Esto para Sonia. Faxes de clientes, faxes de proveedores y toda una avalancha de material publicitario que cuando menos debe repasar por si encuentra algo interesante.

Nick, que ha rellenado los vasos, hace intención de volver a sentarse.

—¿Y la tortilla?

—¿Tortilla? —pregunta, sorprendido—. ¡Ah!, sí, la tortilla y la ensalada. Claro, voy a prepararlo.

—Bien —dice Elaine, que coge el folleto de una nueva marca de fertilizante y lo tira a la papelera después de echarle un vistazo.

Nick sigue plantado delante de ella.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es curioso, pero ha habido un momento en el que te parecías a Kath. Vale, la cena está en marcha. —Y sale.

Aquello la ha irritado profundamente por motivos que no puede o no quiere concretar. Elaine no se parece a Kath, nunca se ha parecido, y no le extraña que Nick lo haya encontrado «curioso». Los dos saben que Kath y ella ni siquiera parecían hermanas. Aun así comprende lo que quiere decir, porque ella misma lo ha visto en el espejo. Es por lo de la boca, ese gesto

especial, esa forma de mover el labio, esa peculiaridad genética fuera de la cual podría decirse que Kath y ella no comparten genes de ningún tipo.

Es raro que Kath sobreviva así, en la mueca de un labio ajeno. ¿Qué habría dicho ella? Habría soltado algún comentario intrascendente, una de sus excéntricas ocurrencias.

Se habría reído con su risa burlona. Mira que quedarse así, en la forma de mi labio, piensa Elaine, como en mi cabeza y en la de Glyn y creo que en la de Nick y supongo que en la de Polly y en la de otros muchos. Muchas Kaths distintas. Kaths personales, ahora fragmentadas. Los muertos no desaparecen; se meten en la cabeza de los vivos.

Se le ocurre que existe una relación sobrecogedora entre la actual presencia de Kath en su cabeza y la situación que vivieron en la infancia, cuando su hermana era un elemento constante pero marginal del paisaje doméstico. En aquella época ocupaba un segundo plano por motivos de edad, ya que los años que las separaban imponían las condiciones de su relación. Una niña de doce no comparte juegos con una de seis, por lo menos la Elaine de doce no los compartió. Una persona de dieciséis no se interesa por otra de diez. Elaine recuerda la puerta cerrada de su dormitorio, el arreglo forzado con muchos nervios para decidir las vacaciones de la familia. Aquel periodo compuesto de largos años en el que Kath no fue otra cosa que una molestia, un motivo ocasional de celos, un efecto climático del país, que pasas por alto o soportas con fastidio. Kath recibió una dosis mucho más alta de atención por parte de los padres: «Recuerda que solo tiene cinco..., siete..., nueve...». Su existencia constituía un elemento de inestabilidad en el seno de la familia, una fuente de preocupaciones, una demanda continua de energía y de cuidados por parte de los demás.

Entonces aquel periodo terminó, y visto desde ahora se diría que de un modo repentino. Kath creció y un buen día dejó de ser un apéndice molesto para convertirse en una persona. Había echado las plumas y le habían salido las alas... o, mejor, experimentó una metamorfosis y apareció una mujer. De la niña-crisálida surgió una criatura que tenía algo de hada. Era fina, delicada y todos los adjetivos al uso que quieran emplearse. Una chica delgada y ágil, de piernas largas, con un cuerpecito precioso, un rostro apuntado y una bonita naricilla; unos ojos de color verde mar, dotados de

unas pestañas largas y rizadas, y una mata de pelo castaño oscuro. Un conjunto de detalles que atraía las miradas cada vez que ella entraba en cualquier lugar. Todos los ojos la seguían. Te dabas cuenta de que la gente la observaba con una sorpresa compuesta de interés y de placer. En cambio, ella ni se enteraba; no más de lo que se entera un ramo de flores, un cuadro colgado en la pared, una joya o cualquier otra cosa que atraiga nuestra atención para brindarnos un momento de felicidad.

«¡Sois tan distintas! —empezaron a decir—. Nadie os creería hermanas.»

En aquella época habría sido mejor que se hubieran limitado a pensar la frase en vez de decirla.

Elaine oye el cacharreo que producen en la cocina las manos inexpertas de Nick. Ella continúa en la galería pasando por el tamiz los últimos papeles, pero, como es una labor que exige poca atención, está en otra parte, en otro tiempo y en otro lugar que le ha evocado el provocador comentario de Nick. Naturalmente, él no tenía esa intención, nunca la tiene. Es uno de sus rasgos característicos, lo cual constituye en sí mismo una agravante.

Elaine oye la voz de su madre. Se trata de un hecho insólito porque hace más de un año que su madre no la acompaña con frecuencia. «Nuestro patito feo se está transformando en un cisne —le dice—. ¡Mírala!»

Elaine, que acaba de regresar a casa por vacaciones, la mira y ve que es cierto.

«La gente dice que debería ir a la escuela de arte dramático», continúa su madre.

Elaine está hasta el gorro. «¡Qué típico!», piensa. Típico de su madre y de la gente. «¿Y por qué?», pregunta.

La madre mete la pata. Aunque ha llegado a temer un poquito a su hija, nunca aprendió a actuar con cautela. «Pues porque es muy guapa, digo yo.» «¿Y sabe actuar?»

La madre habla de un papelito secundario en una representación navideña del colegio hace algún tiempo, y argumenta que, al fin y al cabo, para eso se va a una escuela de arte dramático, para que te enseñen a actuar, ¿o no?

Y así fue. Llegada la hora, Kath acabó asistiendo a una escuela de arte dramático, tal vez por influencia de su madre, tal vez por las opiniones infundadas de aquella gente anónima, y no le vino mal, pero su madre ya había muerto.

Lo malo de mamá, piensa Elaine, es que se tomaba todo en serio y al pie de la letra, como en aquel ejemplo. A decir verdad, era una mujer bastante simple. No por culpa suya, sino a causa de una educación limitada y de una vida entregada a la familia y a la casa. Y papá no era lo que se dice un hombre estimulante, ¿verdad? No recuerdo que estallara jamás ninguna discusión, como no fuera por el color de la pintura de la cocina o por el destino de las vacaciones estivales. Eran gente tranquila y sin ambiciones. Mamá nos cuidaba a Kath y a mí, ponía la comida en la mesa y se preocupaba de que todo saliera a las mil maravillas, como salía en *Good Housekeeping*. Papá iba a la oficina, traía el sueldo a casa y acumulaba una pensión. Vivían satisfechos.

No, no los miro con suficiencia, sino con objetividad. Los veo como eran, pero eso no excluye que los quisiera. Ya, ya sé que vivían como vive la inmensa mayoría de la población y que no tiene nada de malo, pero yo los miro con ojos imparciales. Mamá era buena, pero tenía sus limitaciones.

Y se murió a los cuarenta y tres años. Con eso no contaban. ¿Quién cuenta con semejante cosa?

Recuerdo que Kath me telefoneó: «Mamá tiene algo muy grave».

Así recibí la primera noticia. A partir de ese momento fue cosa de meses... ¿Cuatro, seis? Yo volvía a casa siempre que me era posible, porque en aquella época vivía a un ritmo frenético. Había encontrado mi primer empleo, y todos los fines de semana había que rematar algún trabajo. Además, Kath estaba allí.

Sí, ya sé que tenía dieciséis años, pero ella siempre estuvo más cerca de mamá. De todas formas, antes de que nuestra madre cayera enferma, Kath había anunciado que pensaba dejar los estudios. De haberlo querido, habría podido retomar después el bachiller o estudiar cualquier otra cosa.

Yo me encargué de organizar el entierro, ¿no? A pesar de lo borroso que está todo, algunos momentos afloran a la superficie. Papá allí sentado, sin expresión en el rostro, desvalido, superado por los acontecimientos; yo

misma, cuando le decía: «No te preocupes, ya me encargo de todo»; y las llamadas a los curas y las funerarias. El trato con este tipo de personas no es normal en una persona de veintitantos años, pero yo salí airosa. Recuerdo lo satisfecha que me sentí en mi fuero interno, porque, si había sido capaz de arreglármelas en aquella circunstancia, podría repetirlo en otras.

Kath, que estuvo todo el tiempo como traspuesta, casi no decía palabra. Tenía una expresión desvaída, apagada como una vela. Se convirtió en una adolescente típica, paliducha, con carita de mono, y así estuvo más o menos un año, hasta que poco a poco fue recuperándose y la gente volvió a mirarla y naturalmente regresaron los enjambres de chicos. Imagino que hacía de su capa un sayo, porque papá era un autómatas que se limitó a cumplir con sus deberes más elementales un día tras otro hasta que se ligó a Jenny Peterson, que vivía al final de la calle, o, mejor, ella se lo ligó a él, y se casaron.

«Jenny no me quiere. No puedo vivir con ellos», dijo Kath.

Una frase que lleva años repitiendo tal cual con un tono frío y distante. De hecho, no dice otra cosa. Por mucho que la escuche, Elaine solo le oye decir eso.

Y yo, ¿qué le respondí?

Vamos a ver, no existía la menor posibilidad de que se viniera a vivir conmigo. Yo estaba entonces en aquel estudio de Chiswick, ahorrando hasta el último céntimo para la entrada de un piso. Kath iba a cumplir diecinueve años, pero éramos polos opuestos, si no por la edad, por los gustos, por las inclinaciones y, en general, por todo. Nos habríamos desquiciado la una a la otra. Además, a Kath no le faltaban amigos; al contrario, los tenía a centenares.

Me mantuve en contacto, ¿no?, cosa nada fácil, dado que ella no se estaba quieta. Nunca sabías dónde paraba ni a qué se dedicaba de una semana a otra. Era la época de sus estudios de arte escénico, que no duraron mucho. Un día la encontrabas exaltada y al día siguiente te enterabas de que la exaltación se había esfumado: «¿Eso? No, no iba bien. Ahora me voy a Brighton, a vivir con unos amigos en una casa ocupada».

Estábamos en los años sesenta. Kath había nacido para los sesenta y los sesenta para Kath. Aquel haz lo que te venga en gana sin preocuparte de la opinión ajena era el clima más apropiado para mi hermana, que fue joven

en el momento justo. Yo no. Entonces una persona trabajadora y ambiciosa estaba fuera de onda. El paisajismo, que no tenía ningún prestigio, se consideraba una actividad para que los viejos se entretuvieran en el jardincito de su colonia o para las señoras de mediana edad del condado de Gloucester. Kath se dedicaba a marear la perdiz —para ser sincera, yo casi siempre ignoraba de qué vivía—, mientras que yo sabía a la perfección lo que quería hacer y lo que quería ser.

¡Claro que me preocupaba de ella, claro que sí! Pero a esas alturas Kath ya tenía uso de razón, ¿no? No me correspondía a mí decirle lo que debía hacer, aunque no hubiera nadie más, dado que papá se había desentendido por completo. Además, como se te ocurriera decirle algo, ella te daba una larga cambiada. «¡Mira que eres crítica! —decía—. Vengo desde tan lejos para verte y lo único que me dices es que me corte el pelo. Sé buena conmigo. ¿Sabes que estoy aprendiendo a conducir? ¿Qué te parece?»

Empleé en la entrada de la casa el dinero que me había dejado mamá y le aconsejé otro tanto a Kath. No lo hizo, claro. Ella vivía a la buena de Dios, donde caía, en una habitación de casa ajena, en un apartamento compartido, en el sofá de una amiga... A saber qué pasó con el dinero. Supongo que se lo fue comiendo poco a poco con el transcurso de los años, porque no era una manirrota, o lo era solo para ciertos caprichos.

Kath está en la entrada. Mejor dicho, lo que hay en la entrada es un enorme ramo de flores, una avalancha de azucenas entre las que asoma su cara con una sonrisa deslumbrante. «¡Sorpresa! Esta mañana, al levantarme, he pensado que lo que más me apetecía era venir a verte.»

Pero Elaine no se quita de la cabeza que su hermana ha pagado como poco veinte libras en la floristería por un ramo que se marchitará dentro de nada.

No lo dije, desde luego. No directamente, pero supongo que hice alguna alusión, puesto que ella siempre estaba sin cinco y casi nunca tenía trabajo. Es posible que mascullara algo.

Muchas veces, cuando Kath ocupa con tanta fuerza el pensamiento, se nota una presencia muda y subversiva, como si alguien se dedicara a hacer de abogado del diablo. Elaine conoce a la perfección lo que ocurrió y quién hizo esto o lo otro, pero ahora aparece con mucha frecuencia esta

interferencia que todo lo distorsiona y lo confunde, como si una no dominara los acontecimientos.

Nick grita desde la cocina que la tortilla estará enseguida en la mesa.

Elaine se levanta, lleva los papeles a la oficina y hace una visita al baño de abajo, donde se echa una rápida ojeada en el espejo buscando alguna huella de Kath, pero no ve nada de nada. Su boca vuelve a ser suya. Por otra parte, no le disgusta lo que se refleja: un rostro mejorado con los años porque ha ganado un atractivo que jamás tuvo en la juventud; lo que antes no era bonito ahora se ha vuelto interesante. Tiene la nariz y la mandíbula bien proporcionadas, los ojos separados, los pómulos altos y una mata de cabellos oscuros con pocas canas. Envejeces bien —piensa—, lo cual se debe a que tu trabajo es gratificante y a que pasas mucho tiempo al aire libre y mantienes una moderada actividad física. Fortalecida, se reúne en la cocina con Nick.

La tortilla está seca como la suela de un zapato; la ensalada, insípida. Nick nunca se ha esforzado en adquirir habilidades domésticas. A pesar de todo, presenta la cena con los aires de un anfitrión refinado y generoso. «¡Aquí lo tienes! Y he abierto una botella de tinto. Ahora, te relajas.»

Comen. Nick habla de Isambard Kingdom Brunei y de la complejidad técnica del *Great Britain*, lo que le recuerda decirle a Elaine que mañana tiene que llevar el coche al taller para que le cambien el tubo de escape... ¿Podría prestarle ella el suyo? Del taller salta a una idea para una colección de guías de rutas geológicas.

«Región por región... Seguir el Lias Azul desde el condado de York hasta Dorset, ir a los montes Cámbricos, en Gales. Claro que se necesita un equipo de investigadores...»

Elaine le oye con la cabeza en sus asuntos. Divaga entre la contemplación del trabajo de hoy, los detalles de lo que queda por hacer y algunos restos que se le cuelan por las rendijas del pensamiento. Unos lirios reales sobre un fondo de murete de piedra en seco se mezclan con un ensayo de llamada difícil a un recalcitrante proveedor de abono compuesto; una imagen de *Sorbus vilmorinni* desaparece ante el avance del imborrable recuerdo de un paseo con Polly por el espigón del puerto de Lyme Regis, evocado por la visión de la fuente decorada con flores que está en el platero

y que Elaine compró ese día. Polly tiene unos eternos ocho años y medio y viste unos pantalones cortos de color rosa y una camiseta: «¿Me compras una chocolatina?», dice.

Elaine sopesa si debe permitirse la extravagancia de adquirir esa pieza de cerámica victoriana que la tienta, mientras que Polly insiste: «¿Me la compras?».

¿Dónde está Nick? ¿Por qué no aparece en la escena de la fuente y la chocolatina? No, Nick no está, y de todos modos el instante ya ha pasado. Ella debió de regresar a la tienda de antigüedades a comprar la fuente, pero no lo recuerda, ni tampoco si Polly tuvo por fin su chocolatina. Conociéndola, es muy probable.

Ahora esa personificación de Polly cede el puesto a otra, que, por lo visto, no está evocada por nada, sino que forma parte de una serie de imágenes encadenadas. Esta Polly ha retrocedido unos años. Tiene más o menos cuatro y está bailando con Kath en el salón de la casa antigua. Hay música —¿una cinta, la radio?—. Elaine oye: «Este es el corro de la morera, de la morera, de la morera...». Aquella melodía pegadiza. Polly y Kath se miran de frente cogidas de las manos —una Polly niña y una Kath ya crecida— y revolotean por la habitación. «Este es el corro de la morera, de la morera, de la morera...» Sonríen, concentradas, embelesadas. Polly no aparta los ojos de Kath mientras giran y giran, al parecer, eternamente.

No se hable más, un paseo de glicinias para la mansión de Surrey, pero ¿quedará bien el tapiz de alium? Mañana tendrá que preparar la propuesta del libro nuevo, además de reunirse con Pam y hablar con los contables. Mira de frente a Nick, en plena perorata, y sus reflexiones anteriores quedan eclipsadas por la visión de la oreja izquierda de su marido, que le evoca la noche de bodas o, mejor, la mañana siguiente, cuando, al despertarse, descubrió con sorpresa la espiral sonrosada que descansaba junto a ella en la almohada. Nunca antes había estudiado una oreja tan de cerca ni con tanta intensidad. Así que esto es el matrimonio, pensó.

De pronto se pregunta si distinguiría la oreja de Nick de otra cualquiera. ¿La reconocería separada del cuerpo si se la enviaran dentro de un sobre, como dicen que suelen hacer los secuestradores?

—Ya sé que hay muchas guías de rutas estupendas —está diciendo Nick—, pero una de contenido temático representaría una novedad. Se podrían hacer botánicas, históricas, lo que te apeteciera... —Se interrumpe—. ¿Por qué me miras así?

Elaine abandona a su pesar los intrigantes pensamientos que le provoca la oreja.

—¿Las vas a recorrer tú solo?

—¿De dónde voy a sacar el tiempo? Yo pensaba en un equipo voluntario. Las chicas del jardín...

—No.

—Con una asignación para los gastos, claro.

—Las chicas del jardín, como tú las llamas, son aprendizas de horticultura, no autónomas del excursionismo. —Elaine se levanta—. ¿Quieres un café?

—Sí, ya que lo haces. A lo mejor mañana exploro un poco aquí cerca, por si se me ocurre algo. ¿Te viene bien que coja tu coche?

—No. Tengo que ir al supermercado, a no ser que vayas tú.

Nick, como era de esperar, abandona su línea de argumentación y cambia de tercio.

—No te preocupes, ya lo haré cuando me arreglen el mío. A propósito, convendría ir pensando en cambiarlo... Siempre está averiado.

—¿Y con qué lo sustituimos?

—He pensado que estaría bien un Renault de esos nuevos que anuncian —dice, todo entusiasmado—, ¿no te parece? Rojo, porque siempre he querido tener un coche rojo.

—No me refería al coche, sino al dinero que cuesta.

La cosa se pone seria. Existe entre ellos un acuerdo tácito para no sacar a relucir la circunstancia de que sea Elaine quien lo paga todo.

Nick hace un mohín, se encoge de hombros y le dedica la mirada de perro apaleado que ella conoce bien, esa misma que la desarmaba hace veinte años y que en los últimos tiempos, vaya usted a saber cómo, ha perdido todo su poder.

Elaine prepara el café. Reina el silencio en la cocina, que es también un espacio dedicado al trabajo, como prueban las abundantes señales de la

actividad que allí se desarrolla: los mensajes escritos con tiza en la pizarra de la pared por los obreros, los carteles publicitarios de los libros de Elaine, el semillero que ocupa todo el alféizar de la ventana, los tiestos de esto y de lo otro y la jarra de cobre atiborrada de *Iris sibirica*. A Elaine, el ruido de sus preocupaciones le impide percibir el silencio. La pizarra le sugiere que tal vez es más urgente sustituir la segadora que el dichoso coche de Nick; los lirios le recuerdan la preocupación por un pedido de bulbos que se retrasa. Empero, todos estos pensamientos flotan por encima de un ruido de fondo más terco, que no guarda relación ninguna con lo que ha ocurrido o ha dejado de ocurrir o con el estado actual de las cosas. Siente rabia y agobio y una cierta agresividad. Coloca el tazón de café delante de Nick, haciendo comentarios para sus adentros: estás muy seguro de ti mismo. Siempre has estado seguro conmigo y con todo, pero te equivocas, porque yo no siempre he sido la que tú creías. Tiempos hubo en los que estuve muy lejos de ti; uno en especial, supongo. Toma nota.

Suena el teléfono.

—Lo cojo yo —dice Elaine tajante.

Es Polly.

—Hola, ¿dónde te metes? Te he llamado antes...

Inmediatamente coge carrerilla. Elaine la está viendo con los pies en el sofá de su pisito de Highbury («Las cuotas de la hipoteca son de escándalo, pero es una monada y está a dos minutos de la salida del metro»). Polly ha tenido un día extenuante, está hecha polvo, imposible imaginar todos los problemas que le han dado unos clientes nuevos, se va ahora mismo a cenar con unos amigos para airearse, volverá a llamar antes del fin de semana, puede que se acerque a comer el domingo si todo va bien... Bueno, era para dar señales de vida. La semana ha sido de locos. Cuidaos mucho. Hasta la vista.

La voz de Polly ha invadido la cocina como un mensaje llegado de otro planeta, y en cierto modo lo es. Elaine conoce al dedillo la vida de su hija, esa mezcla febril de trabajo y diversión, esa entrega que pone en todo. Polly es una diseñadora de páginas web de treinta años que a los treinta y cuatro piensa montar su propia empresa y plantearse ser madre. De momento, ese hijo en potencia aún no tiene un padre en potencia, pero todo se andará.

Elaine se da cuenta de que admira la planificación estratégica de la vida de Polly, su mapa de los meses y los años con la sucesión de objetivos: sustituir la moqueta del piso cuando me suban el sueldo, cambiarme de trabajo en primavera, romper con Dan en Navidades si veo que esto no conduce a ninguna parte. Una planificación que es el reflejo de la pregunta que, según parece, formulan los empleadores: «¿Qué proyectos tiene usted para los cinco años próximos?». Puede que la pregunta haya condicionado el punto de vista de toda una generación. A ella, con treinta años, no se le habría ocurrido hacer un pronóstico de su vida a cinco años vista y hasta le habría parecido un modo de tentar a la suerte. Por descontado, jamás habría respondido con el grado de seguridad y de ambición que exige la pregunta. Elaine admira esa combinación de pragmatismo y positividad, porque en un clima semejante ella se habría sentido como pez en el agua. Sus éxitos, en cambio, han sido el producto de un trabajo duro y de un cierto sentido de la oportunidad, no de una escalada previamente establecida.

—Poli trabaja mucho, ¿verdad? —pregunta Nick con una risita—. Antes me ha puesto al día. Parece que colabora con un grupo grande de esos. No para, ¿eh?

Para Nick, Polly nunca ha dejado de ser una fuente de agradable diversión, como cuando era una cría de seis o de dieciséis años. Con el tiempo, la hija ha llegado a tratarle con una tolerancia impaciente, como se trata a un hermano mayor díscolo y caprichoso. Suele estar pendiente de él. «Papá, tu mesa de trabajo es un desastre. Voy a ordenártela un poco.»

Otras veces se queda mirándole y tuerce la boca con un gesto de disgusto. «No puedes ponerte esa corbata con esa camisa.»

Lo dice con cariño, porque Polly no es de las que se preocupan por quien no les importa. Y Nick, que tiende por instinto a delegar en los demás todo aquello que no le apetece, no pone objeciones. Esta es la fecha en que Polly aún le hace la declaración de la renta, le prescribe hierbas medicinales chinas contra su fiebre del heno y no ha dejado de darle la murga hasta que se ha matriculado en un gimnasio. La más leve sombra de enfado ha sido sustituida por una especie de protección, como si su padre fuera una institución defectuosa pero de gran valor. Elaine lo encuentra al mismo tiempo enojoso y malsano.

Lo importante cuando vuelve a casa, dice Polly cada vez que pasa como una exhalación para dormir una noche o comer un día, es que todo tiene que estar absolutamente como siempre. «¿Me comprendes? Quiero decir que alguna vez puedes cambiar las cortinas, si quieres, y dentro de un orden, pero en lo esencial es mejor que te estés quietecita. Es imprescindible que sepa dónde estoy. Comprendo que me centro en mí, pero a ti no te importa, ¿verdad? No me parecería mal que hicieras algunos cambios y hasta creo que al cuarto de baño le vendría bien una reforma, pero lo esencial tiene que quedar tal cual. Nada de reflejos azules, mamá, ¿vale?, y, si veo a papá con unos pantalones grises de franela y una chaqueta de tweed, me lo cargo.»

Cada vez que Elaine oye ese mantra se enternece y se rebela al mismo tiempo. Está bien, piensa, te comprendo, pero no tienes de qué preocuparte, ¿verdad? ¡Ni pensarlo! Las únicas medidas radicales que se toman aquí afectan a la decoración floral o a los accesorios de la oficina, y con eso seguramente estarías de acuerdo.

Nick ha terminado el café y hojea el periódico buscando los programas de la televisión. Elaine coge su agenda y se acerca el teléfono para llamar a un cliente que solo está disponible a última hora. Nick la mira desde el otro lado de la mesa.

—Ahora que me acuerdo, ha telefoneado Glyn. Dice que volverá a llamarte mañana.

—¿Glyn? —pregunta ella—. ¡Ah!, Glyn.